

The background of the entire page is a close-up photograph of several playing cards. On the left, a red card with a repeating circular pattern is visible. In the center, a card with a colorful illustration of a knight in armor is partially shown. To the right, a blue card with a repeating geometric pattern is visible. The cards are slightly out of focus, creating a sense of depth.

vr

vida religiosa

Marzo 2023-número 3 vol.135

Como un castillo de naipes

«La división entre personas es más profunda...» Andrey Kordochkin

Prevención del abuso sexual
en la infancia

NOVEDADES



SEÑOR, ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?

CATEQUESIS SOBRE EL DISCERNIMIENTO

PAPA FRANCISCO. Páginas 100. P.V.P.: 10 euros

El discernimiento, un proceso importante para Francisco, no es solo un procedimiento racional que se utiliza para tomar decisiones, especialmente en ciertas encrucijadas de la vida, sino, sobre todo, un don del Espíritu que hay que pedir.

Solo se puede vivir una verdadera sinodalidad en la Iglesia si todos los cristianos aprendemos y practicamos el arte del discernimiento.



Desplegables al servicio
de la evangelización

Un proyecto para parroquias, templos, santuarios, colegios, residencias universitarias, residencias de mayores, hospitales, centros pastorales...

www.intergentes.es



Oferta

Semana Santa

30 €

Pack especial que incluye
estos 4 modelos de desplegables:

Semana Santa. El Triduo pascual (50 unid.)

Vía Crucis con el papa Francisco (50 unid.)

La Vigilia Pascual. ¡Qué noche tan dichosa! (50 unid.)

*Rezad por mí. Oraciones de intercesión
por el papa Francisco* (50 unid.)



Publicaciones Claretianas
Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267
publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Como un castillo de naipes

La escritora Irene Vallejo, en un artículo titulado, *La suerte tenía un precio*, nos narra que: «Terencio estrenó en la antigua Roma una obra teatral titulada *Heautontimoroumenos*, que significa “el que se atormenta a sí mismo”. Su protagonista educa con tal severidad y disciplina a su hijo que los rigores provocan la huida del joven. Tras meses sin saber de él, el padre vende su casa, sus propias ropas, sus muebles, todo, y se impone una vida sin placeres. Si era rígido con su hijo, ahora pasa a serlo consigo mismo». Y me ha hecho pensar en cómo estamos reaccionando en la vida consagrada en la situación actual.

Es indudable que los consagrados somos un cuerpo vivo, pensamos frecuente-

mente en el mañana e incluso hacemos proyecciones y propuestas. Pero somos un cuerpo herido: por el paso del tiempo, por las historias sin digerir, por el miedo y por la indecisión. Nuestras heridas, claro está, tienen mucho que ver con que no son muchos —ni muchas— jóvenes los que encuentran su sitio en nuestras casas o nuestros claustros. Hay cierto olor a muerte que empieza a impregnarlo todo... también las decisiones. Nuestra herida se llama incertidumbre ante el mañana, pero no contemplada en un horizonte lejano, sino en la inmediatez.

Y quizá la respuesta, más inconsciente que consciente, se parezca a la obra teatral de Terencio. Nos hemos impuesto una tristeza ambiental que tiene mucho de negatividad y

poco de esperanza; mucho de norma y poco de flexibilidad... Mucho de ley y poco de vida. Y además insistiendo en que lo nuestro es la vida, el cuidado de la vida, la celebración de la vida y la búsqueda de la vida... pero con una inédita rigidez que no deja mucho espacio al sueño evangélico, ni a la realización de aspiraciones que relajen la presión.

Hemos exigido mucho y, en consecuencia, nos exigimos mucho. Y esa tensión se paga. El precio es la reducción de sonrisas y espontaneidad; el perfeccionismo que evalúa incesantemente abriendo muros de protección y distancia; la búsqueda de espacios personales e intransferibles; el orgullo y la soberbia de lo mío; la falta de aceptación y misericordia; la ausencia de comunidad;

la ausencia de perdón, de libertad y, hasta, de Dios.

Es paradójico que los santos que a lo largo de la historia nos han podido hablar de la cercanía de Dios en sus vidas, nos dejan un ejemplo de normalidad y humanidad sencilla que cautiva y, sin embargo, todavía sigamos pensando que la cercanía con Dios ha de envolverse en formas graves y distantes. Es sorprendente que, en nombre de Dios a quien nadie sobra, podamos mantener actitudes tan excluyentes, parciales y fragmentadas.

Tengo la sospecha de que todo ello responde a una carencia vitamínica a la que no estamos dedicando la

atención que requiere. Hablamos de ella, pero pensamos que son otros y otras quienes la necesitan. Incluso, podemos creer que nosotros —cada uno— estamos dedicando el mejor tiempo a ello. Y me temo que no es así. La carencia es el cuidado de la persona y la medicación es la escucha de calidad.

Si hay algo que va quedando claro es que no necesitamos muchos más textos al respecto, tampoco frases de relumbrón, necesitamos minutos de calidad, preciosos, en los que posibilitemos que cada persona se reconozca, se quiera y reaccione. Sin ese paso, podemos seguir construyendo un todo

ordenado —mientras las estadísticas aguanten— pero tan frágil como un castillo de naipes que se desmorona, sin sentido, en cuanto se mueve una carta. La fragilidad de nuestras estructuras y proyectos no es menor. Todo está dependiendo de que un día, una hermana o un hermano, se pregunte profundamente qué quiere de su vida, a quién quiere en ella y por quién lo daría todo. Ese día, puede abrazar a la comunidad porque experimenta la complicidad en una misión que llena su vida, o puede marchar, aunque se quede, viviendo su propia soledad y regalándola en todo lo que hace.

Nuestra portada

Es un castillo de naipes con una baraja muy marcada por el uso. Desde siempre este ha sido uno de los paradigmas de la fragilidad y debilidad... También en nuestro tiempo podemos estar viviendo los consagrados planificaciones que se parecen un poco a estos castillos. Argumentos que aguantan en el papel, tienen estructura en la forma, pero no responden a la vida. Creemos que el camino ha de ser otro... Conocer el estado, la esperanza y posibilidad de cada «naipe» y su capacidad para construir con otros. Es otro liderazgo.

Volumen 135. Nº 3 Marzo 2023



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

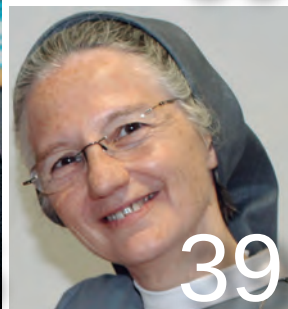
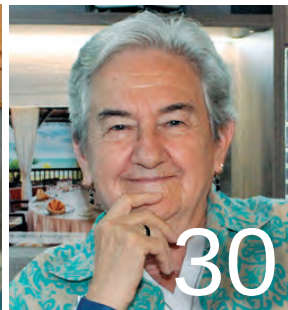
Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



04 En camino, Alberto Ares

05 Mirada con lupa: Andrey Kordochkin,
José Miguel de Haro

10 Femenino singular,
Cristina Inogés

11 Prevención del abuso sexual
en la infancia, María Inés Franck

18 Anunciar con nuestra vida que el amor
siempre vence, Javier Arenal

20 Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre

21 Retiro: Oyentes y servidores
de la Palabra de Dios (II),
Miguel Tombilla

29 Vivir es así de simple,

José Tolentino de Mendonça

30 Más que una foto: María Luisa Berzosa,
Carlos González

39 Guardad vuestro corazón,
Anna S. Boira

40 El valor del esfuerzo en la cultura del placer,
Enrique Gervilla

44 La sonrisa en la mirada,
Jorge A. Sierra

45 ¡Hospitalidad!,
José Cristo Rey García

48 Lectura recomendada,
Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,
Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Pixabay- Imprime: Din Impresores.



Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

Bienvenido

Todos tenemos experiencia de haber vivido algunos encuentros que nos ha producido una profunda alegría. De esos que recordamos el día, la hora, qué tiempo hacía, incluso qué llevábamos puesto. Recordamos todavía con más gozo, cuando además de feliz, el encuentro es inesperado. Compartiendo con familias que han tenido que huir de conflictos armados, de persecución... este tipo de encuentros cobran una dimensión especial. Contemplar cómo se abraza una familia ucraniana cuando logran reunirse en algún espacio seguro después de huir de bombas y miedos.

Algo así me contaba mi familia terminada la guerra civil. Mi abuelo llegaba de nuevo a casa en 1939 después de años de incertidumbre, de muertes, de miedo, de silencio. Por fin en casa. Me puedo imaginar la alegría del abrazo interminable con mi abuela, y las lágrimas de júbilo de los dos pequeños de la casa que ha-

bía dejado en el pueblo, junto a su madre. Esa alegría y el amor del reencuentro dio a luz a un nuevo bebé, que nació en 1940. Y su nombre, desde aquel encuentro, estaba ya grabado en su corazón: Bienvenido. Bienvenido a la vida, a la familia, a un país que necesitaba sanar heridas, que emprendía un proceso de reconciliación, que esperaba resurgir de sus cenizas, que sufriría una dura postguerra con hambre y aislamiento.

En aquellos años, la guerra civil española había expulsado a casi medio millón de personas, de los cuales la mitad lograron regresar a España en los años posteriores, y otros 250.000 vivieron como exiliados en Francia, México y Argentina, pero también en Chile, Colombia, Venezuela, Cuba, Dominicana, Unión Soviética, Estados Unidos y Reino Unido. Situaciones de acogida y bienvenida, pero también de rechazo y humillación, fueron vividas por esos cientos de miles de españoles.

La historia se repite de nuevo en muchos rincones del mundo. Lo estamos viviendo en nuestra frontera sur de Europa, en Norteamérica, Indonesia, Sudán del Sur, Ucrania y un largo etcétera. Países y sociedades como la de México, con los exiliados españoles en otro tiempo, o Líbano y Jordania en la época actual, son auténticos ejemplos de bienvenida. Lamentablemente, también vimos otras tendencias que quieren adueñarse del mundo. Unas tendencias que promueven el miedo, los muros y la indiferencia.

En España, la evolución de la política interna, la transición y la instauración de la democracia, permitieron el regreso de refugiados, mientras otros se integraron y comenzaron una nueva andadura en las sociedades donde fueron acogidos, sumando en la construcción de una nueva ciudadanía. España en estos últimos años ha acogido a varios millones de personas venidas desde distintos rincones del mundo, que han sumado en la construcción de una sociedad más próspera, plural e inclusiva.

Bienvenido, mi padre, me recuerda desde las entrañas que podemos ser acogedores, que la bienvenida genera encuentro, oportunidad y riqueza. Seguro que todos conocemos historias similares en nuestros contextos cercanos. Ojalá no olvidemos nuestra historia.



Andrey Kordochkin

ENTREVISTA

La división entre personas es más profunda que la división entre naciones

Andrey es el sacerdote responsable de la catedral ortodoxa-rusa de Madrid. Ha aceptado una conversación de la que aquí van algunos retazos. De fondo, un año ya de la invasión Rusia en Ucrania, la llamada del ecumenismo a la comunión, la vida de cada día. Convencidos los dos de que hay que ayudar a crear espacios para el diálogo porque “cualquier intento por silenciar al otro provocará una explosión”

José Miguel de Haro, CSsR
Párroco del Smo. Redentor (Madrid)

Andrey aceptó la invitación de venir a nuestra parroquia para una celebración por la unidad de los cristianos. Nos habló de la superación del concepto tradicional de “guerra justa”, nos bendijo con el icono del Perpetuo Socorro, y se abrió un camino de amistad que me recuerda cómo la comunión entre los cristianos es más profunda de lo que indican ciertas normas. Quizás porque, dicho con palabras de Joannis D. Zizioulas, “no hay ser verdadero sin comu-

nión”...” la persona no puede existir sin comunión”.

Andrey, como Pastor de una comunidad en la que participan rusos y ucranianos, ¿qué sentidos nuevos toma para ti la palabra y la realidad de la fraternidad cristiana? ¿Cómo gestionas la experiencia de la división en tu comunidad?

La división entre personas es más profunda que la división entre las naciones. En nuestra comunidad tenemos rusos que están absolutamente

en contra de la política de su país. De otro lado, hay ucranianos que están del lado del gobierno ruso, pensando que su país está siendo liberado.

La sociedad rusa está dividida de forma más grave que después de la guerra civil de hace 100 años. Aunque hay excepciones, pero se trata de una ruptura entre generaciones. La gente más joven no tiene un punto de encuentro con la generación mayor. A veces se trata de una ruptura no solamente con los padres biológicos,



sino con los padres espirituales, que dan su bendición a la guerra.

Estamos avisados por el Evangelio, no hay otra solución que buscar la unidad no en los lazos biológicos ni institucionales, sino en el Espíritu.

¿Crees que esta situación ha bloqueado a la Iglesia ortodoxa rusa hasta el punto de llegar a estar rompiendo su comunión interna?

El mundo ortodoxo está en una crisis profunda. Como hace mil años, el asunto del primado en la Iglesia ha causado una división entre las iglesias. Pero por detrás de las rupturas hay fuerzas políticas. Dentro de la Iglesia Rusa muchos ven el conflicto como un enfrentamiento con el mundo entero, lo que contribuye a un autoaislamiento.

A veces he oído en el discurso ruso que el Islam está más cerca de la Iglesia Ortodoxa que el Cristianismo oriental. Para la gente que lo dice los llamados “valores tradicionales” son más importantes que la persona de Jesucristo. Pero para un cristiano es un camino a ningún sitio.

El Patriarca Kirill está siendo muy criticado por la doble cara de su discurso.

Juzga a Occidente como un pueblo en decadencia moral; pero a la vez, ofrece la salvación a los jóvenes que se alistan para la guerra en

La persona no puede existir sin comunión

el ejército ruso, es decir, defendiendo la violencia y la guerra invasiva... ¿En qué teología bebe?

Cada uno lleva la responsabilidad de lo que está diciendo, pero aquí hay una cosa interesante. Aunque este discurso es antioccidental en su forma, está endeudado con Occidente en dos aspectos. El primero es el concepto agustiniano de guerra justa. El segundo, el concepto de cruzada y guerra santa. Hablando del perdón de los pecados de un soldado muriendo en una batalla, el patriarca está repitiendo las palabras del papa Urbano antes de la cruzada de 1095.

¿Protege esta guerra de invasión a los rusos de Ucrania o se trata de un discurso manipulador para invadir?

Más de 8 millones de ucranianos han salido de su país, buscando seguridad.

Muchos de ellos, si no la mayoría, son de las zonas orientales y étnicamente rusos. ¿Por qué están huyendo de sus protectores?

Tienes la responsabilidad de una familia, estás casado, ¿en qué medida estar situado en la mitad del puente ruso-ucraniano, afecta a tu matrimonio?

El padre de mi mujer es ucraniano, pero ella nació en San Petersburgo y no habla ucraniano. No obstante, tenemos una visión común, no por compartir la nacionalidad.

En la comunidad hay parejas mixtas entre las nacionalidades ucranianas y rusas. Es una realidad que, quienes comparten esa postura, están por encima del nacionalismo.

En la tradición ortodoxa la pintura, la música, la presencia de la belleza, la vivencia de la resurrección son experiencias de crecimiento... ¿crees que “la belleza” salvará a Ucrania?, ¿que la santa Rusia respetará los templos que alojan esa belleza? ¿Qué valor puede tener el arte si antes no se respeta la vida de las personas?

Es una pregunta complicada. De un lado, sabemos por la Biblia que la belleza del

culto puede ser rechazada por Dios si la verdad divina no está reflejada en la vida de las personas, de la comunidad.

De otra parte, nosotros quedamos admirados por el arte cristiano de otros tiempos cuando, tanto en Europa como en Rusia, quemar viva a una persona no fue algo contrario a la fe cristiana. Si la belleza no transforma el mundo, si no cambia la vida de los que creen y la aprecian... ¿entonces?

Tenemos una experiencia del tiempo soviético, cuando era imposible la predicación libre, entonces predicaba el arte. Los iconos en los museos, la música de Bach en los conciertos, en los auditorios seculares...

En este tiempo tan delicado para las relaciones humanas, ¿qué experiencias de solidaridad habéis vivido?

Me impresionó mucho la solidaridad de los alumnos de “Casa Rusia”, el centro educativo de nuestra catedral. En cuanto hemos anunciado la recogida de ayuda humanitaria para Ucrania ellos, no solamente han traído cosas, sino que han pasado tiempo empaquetando, poniendo ese material en cajas, etc. Varias

familias aceptaron a los refugiados en sus casas. Ha sido algo muy emocionante.

¿Cómo no renunciar a la esperanza ante la situación generada por un año ya de guerra? ¿Qué dirías a quienes buscan los acuerdos de paz, el perdón, la reconciliación?

Las palabras no significan lo mismo para todos. Es fácil hablar de perdón y reconciliación, pero ¿quién está en la posición de perdonar? ¿Quién para ser perdonado? En Rusia algunos hablan de la responsabilidad o culpa colectiva, pero ¿los que piensan en estos términos son los menos culpables? Es correcto buscar la justicia, pero ¿quién tiene la autoridad de juzgar? En eso, yo no me siento responsable.

¿Cómo mantener la experiencia orante en situaciones tales de incoherencia, de no respeto a los derechos de los ciudadanos?

Los alumnos de “Casa Rusia” se han volcado en la ayuda a Ucrania

El cristianismo tiene la visión de la dignidad del ser humano. A mí me parece

que la encíclica *Dignitatis Humanae* tiene hoy más relevancia que cuando se publicó en 1965. Con las nuevas políticas y legislaciones sobre los temas del sexo, de la vida y la muerte en el ámbito médico y educativo, cada vez tendremos más personas en desacuerdo con los cambios, buscando la delimitación jurídica del poder público del que habla el documento.

Hoy mismo he presentado junto con el padre Rafael Vázquez en el Palacio de la Moncloa una declaración en defensa de la vida, que hemos firmado los representantes de la Iglesia Católica, Ortodoxa y Evangélica junto con el representante islámico.

Llevas muchos años en Madrid... ¿cuál es tu experiencia con la Iglesia Católica?

Para mí la Iglesia Católica no es una entidad, sino las personas que conozco. La conocí antes, estudié cuatro años en Inglaterra con los benedictinos, y un año con los jesuitas. La situación de la Iglesia Católica en España es distinta, en el sentido de que es una confesión

muy mayoritaria, como los ortodoxos en Rusia. Pero



precisamente en la persecución de los años 1930 es donde nosotros nos encontramos más cerca.

Hoy nuestra experiencia es muy buena, tenemos una relación muy transparente y fraterna, tanto en Madrid como en otros sitios donde nos encontramos.

¿Cómo ves el futuro del cristianismo?

Dicen que estamos viviendo el mundo post-cristiano, una secularización cada vez más intensiva. Pero yo recuerdo las palabras de un sacerdote ruso, P. Alexander Men, asesinado en 1990, que dijo: “La flecha del Evangelio apunta a la eternidad, porque la historia del cristianismo apenas comienza, y lo que hubo antes, lo que ahora llamamos historia del cristianismo, son intentos medio inhábiles y fallidos de realizarla”. Hemos dicho que la belleza de lo que llamamos la cultura cristiana ha radiado por encima de la sangre y el sufrimiento, pero nació en la visión auténtica de la belleza divina.

En este tiempo de guerra ¿cómo es tu mirada a Jesús?

Él lo sabe. 



La luna

Cristina Inogés Sanz

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

Algunas veces la vida te depara sorpresas de esas que ni sospechas. Algo tan habitual como la luna, se transforma en una noche en un espectáculo fascinante.

Una luna llena que emerge grande y poderosa con un indescriptible color entre rosa, anaranjado, o cobrizo, que te invita a mirarla a través del reflejo que va dejando en el agua, que parece que va apartando a alguna insolente nube que se atreve a cruzarse en su cielo, no sería nada de eso sin la luz del sol que absorbe y, luego, refleja ella misma.

Este espectáculo lo disfruté, no hace mucho, junto a una persona muy querida para mí, cuya sensibilidad e inteligencia me permitieron disfrutar de una conversación

interesante y profunda a la vez que mirábamos la luna. Las personas podemos ser soles y lunas viviendo en una alternancia que nos permite dar y recibir luz según las circunstancias. Nadie es solo sol o solo luna porque todos necesitamos de todos.

El sol, el rey del día, es dominador y apaga a las estrellas de alrededor con su potente brillo; la luna, la reina de la noche, respeta a las estrellas y a los luceros. Es lo suficientemente inteligente como para dejarse acompañar de quien crea un marco incomparable para ella.

Es verdad que las personas sol suelen ser muy activas y creativas, mientras que las personas luna son más receptivas y, parece que ahí se quedan. Sin embargo, cuando caminamos en una noche sin luna, parece que

algo falta, se la echa de menos. Así nos pasa con esas personas cuya presencia es silenciosa, pero que nos faltan cuando no están, porque aportan sosiego y serenidad, nos ayudan a centrarnos, nos calman, nos iluminan lo suficiente como para no quitarnos protagonismo y, a la vez nos recuerdan que deslumbrar brillando no siempre es bueno.

Todos somos necesarios en la vida, los soles y las lunas aunque, si tuviera que elegir, me quedaría con las personas luna. Tal vez porque la persona con la que descubrí el espectáculo fascinante de la luna llena, es así: inteligente, sencilla, serena. Brilla, pero no deslumbra y no apaga a las personas de alrededor.

¿Qué somos soles o lunas? Vamos a pensarlo...



Estándares internacionales y buenas prácticas

Prevención del abuso sexual en la infancia

Las congregaciones religiosas llevan adelante numerosas obras apostólicas de las cuales los niños, niñas y adolescentes son destinatarios

María Inés Franck

Asistente en el Instituto de Antropología. P.U. Gregoriana

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos decenios y particularmente desde la sanción de la *Convención sobre los Derechos del Niño*, todas las cuestiones referidas a la protección de la infancia han tomado un giro novedoso. Es este giro el que estudiaremos en este artículo, dado que estamos convencidos de que afecta de manera fundamental el modo en que hoy se encara la protección de la infancia. Las instituciones eclesiales no son ajenas a ello, sobre todo si consideramos que la Santa Sede es uno de los Estados signatarios de la mencionada Convención.

Las congregaciones religiosas llevan adelante numerosas obras apostólicas de las cuales los niños, niñas y adolescentes son destinatarios. En la actualidad, somos testigos de la implementación de programas y políticas de prevención de abusos sexuales en todos esos emprendimientos. Se trata de una responsabilidad que asume al menos dos dimensiones: es un deber moral y jurí-

dico a la vez. En cuanto deber jurídico, requiere el conocimiento de las normas que lo rigen: canónicas, estatales e internacionales. Desde lo internacional, los principios considerados fundamentales se encuentran expresados en la *Convención sobre los Derechos del Niño* y desde esos principios se desprenden una serie de buenas prácticas que todo apostolado de la infancia debe tener en cuenta.

LA CONVENCIÓN SOBRE LOS DERECHOS DEL NIÑO: UN ESTÁNDAR INSOSLAYABLE

Al tiempo que incorpora en un solo instrumento los derechos fundamentales de todos los niños independientemente de sus diferencias, la *Convención sobre los Derechos del Niño* asume y hace operativo el principio del interés superior¹. Con ello coloca explícitamente en un primer plano un conjunto de estándares internacionales en materia de protección de la infancia que se convierten en parámetro de consideración



obligatoria para las políticas de prevención de abusos.

En la mirada que prevalecía hasta ese entonces (la llamada “doctrina de la situación irregular”), se consideraba a los niños como incapaces, necesitados de “tutela” e implicados en relaciones sobre todo verticalistas con el mundo adulto. Esta doctrina enfatizaba la protección y la rehabilitación más que la prevención. El eje central del discurso era la idea de hacer el “bien” a los niños y adolescentes, quienes necesitan de la intervención adulta para lograr su adecuado desarrollo. En síntesis, los niños eran vistos principalmente como objeto de tutela, no tanto como sujetos de derechos².

Con la *Convención sobre los Derechos del Niño* (1989), en primer lugar, se ajusta el enfoque sobre la niñez. En efecto, se consagra la prevalencia de la “doctrina de la protección integral” frente a la doctrina de la situación irregular, que concebía al niño como objeto de protección del Estado, de la sociedad y de la familia. Se enfoca en el interés superior del niño y se fundamenta en las características propias de los niños y la necesidad de propiciar su desarrollo. Esta nueva mirada se concentra en la protección de derechos, más que en la protección de personas, superando la idea de incapacidad de los niños para asumir responsabilidad. Hay una “capacidad progresiva” o “autonomía progresiva”, concepto que, aplicado a la infancia se refiere a la posibilidad que tendrían los niños de ejercer de manera autónoma sus derechos, con apoyo de los adultos y del Estado. De este modo, se enfatiza la característica de sujetos de derechos de todos los niños³.

El niño y adolescente son participantes activos y titulares de derechos

Este enfoque refuerza la noción de que los niños deben ser cuidados y acompañados por los adultos, a la vez que introduce un cambio al entender que no deben ser reemplazados en el ejercicio de su voluntad y en la expresión de sus requerimientos. Se considera al niño como participante activo y titular de derechos, con la capacidad de exigir su cumplimiento y de participar en aquellos temas que lo afectan; no dependerían exclusivamente del mundo adulto para ver cubiertas sus necesidades, ya que los Estados (a todos sus niveles) tendrían la obligación de cubrirlas. No se apartan las responsabilidades de los adultos, ya que los niños, por su proceso de crecimiento, tiene necesidades y derechos frente a la vulneración de los cuales los adultos se verían obligados a intervenir⁴.

Este cambio trae aparejado un fuerte énfasis en la ampliación del protagonismo infantil y juvenil en la definición, expresión y defensa de sus necesidades. Básicamente, significa que los niños, niñas y adolescentes tienen derechos a la igualdad de oportunidades, a tener acceso a servicios de calidad, a ser educados en la participación, a exigir el cumplimiento de sus derechos. Las instituciones del Estado, la comunidad y, en general, la sociedad civil, deben garantizar tales derechos⁵.

Entre las prerrogativas del niño enumeradas en la Convención, se encuentra el derecho a que se tomen todas las medidas legislativas, administrativas, sociales y educativas para protegerlo contra toda forma de perjuicio o abuso físico o mental, descuido o trato negligente, malos tratos o explotación, incluido el abuso sexual⁶ (art. 19, parágrafo 1). Y,

entre estas medidas, deberán contemplarse procedimientos eficaces para prevenir, identificar y notificar estos casos de malos tratos contra la infancia⁷.

Los estándares de protección de la infancia que se desprenden de la *Convención sobre los Derechos del Niño* llevan a que las instituciones deban cumplir, como es obvio, el cumplimiento de las leyes que en cada Estado y también en la Iglesia, se han sancionado a fin de garantizar esta protección especial. Pero también, en un ámbito tan dinámico como es el de la protección de derechos, es fundamental considerar la adopción y actualización constante de las mejores prácticas existentes para cumplir estos estándares, así como la generación de otras nuevas.

EL CONCEPTO DE “BUENAS PRÁCTICAS”

El concepto buenas prácticas o mejores prácticas está muy vinculado a la literatura propia del sector empresarial y de la gestión pública en relación a una acción eficaz que ha facilitado algún proceso o ha sido una alternativa ante un problema. También se relaciona con el campo de las leyes y de la medicina, en cuanto definición de conductas profesionales basadas en lo último de la investigación científica en cuanto a conocimiento, tecnología y procedimientos. Sin embargo, la expresión buenas o mejores prácticas no resulta ajena a ningún área en particular de desarrollo profesional.

Si tuviéramos que definir sintéticamente el concepto de “buenas prácticas” podríamos decir que son actividades referidas a un área de intervención, orientadas por objetivos

específicos, que planteen procedimientos precisos, estableciendo los actores a intervenir y definiendo resultados concretos positivos. Deben además estar referidas a un aspecto de intervención relevante y vinculadas a una instancia de gestión replicable periódicamente. Se les pide también que sean sistematizables, transmisibles y sustentables en el tiempo⁸.

En síntesis, una buena práctica es una experiencia o intervención que se ha implementado con resultados positivos, siendo eficaz y útil en un contexto concreto, contribuyendo al afrontamiento, regulación, mejora o solución de problemas y/o dificultades que se presenten en el trabajo diario de las personas en diversos ámbitos, experiencia que pueden servir de modelo para otras organizaciones. Puede representar cualquier tipo de experiencia, grande o pequeña; y en cualquier nivel, desde políticas hasta pequeñas iniciativas de terreno; puede ser un proceso o actividad muy específico. Además, no necesita representar la totalidad de un proyecto o un programa. Incluso si el proyecto no ha sido exitoso, es posible que existan buenas prácticas desarrolladas o aplicadas durante su ejecución. También puede ser una situación que solo se aprecia después de comparar lo sucedido en múltiples ámbitos⁹.

Buena práctica es una intervención implementada con buenos resultados

Las buenas prácticas constituyen una forma mediante la cual el conocimiento tácito existente se puede explicitar y, cuando son adoptadas corporativamente, repercuten en el éxito y la concreción de la visión institucional. Son experiencias innovadoras que permiten solucionar un problema a través de una mejora en el proceso.

El carácter de una buena práctica tiene una base cognitiva unida a un actuar, por lo tanto, está ligado a un carácter procedimental. Las mejores prácticas están hechas de aquellas conductas que exhiben los talentos en el ejercicio de su trabajo, particularmente las conductas que exhiben cuando tienen que afrontar las situaciones críticas que les permiten alcanzar sus objetivos, o lo que es lo mismo, cumplir con la misión de su puesto. En síntesis, podemos decir que las buenas prácticas son el conjunto de conocimientos que contienen un componente cognitivo, pero a su vez, involucra uno sustancialmente experiencial que, al concretarse en acciones específicas, proporcionan una eficacia en el logro de los objetivos que la institución requiere para tener mayores ventajas competitivas y que al ser compartidas enriquecen el conocimiento organizacional¹⁰.

Las buenas prácticas pueden ser utilizadas para estimular la reflexión y para sugerir ideas. No deben ser copiadas de una situación a otra; los contextos de aplicación son siempre diferentes. Sin embargo, pueden proporcionar alimento para la reflexión e ideas sobre adaptaciones posibles. Cuanto más se haya aplicado una aproximación similar y cuando más se haya demostrado que funciona en entornos múltiples y diferentes, más probable es que también pueda ser adaptada a un contexto diferente¹¹.

Las buenas prácticas pueden ser utilizadas con distintos propósitos, entre ellos:

- Informar y mejorar las prácticas a través del aprendizaje de experiencias que han funcionado.
- Proporcionar una guía sobre cómo hacer una buena tarea, mejorar lo que hacemos o cambiar nuestra manera de trabajar para ser más eficaces, estratégicos y eficientes.



- Contribuir a la generación de una base internacional de conocimientos acerca de qué resulta eficaz para combatir un problema.

- Influir sobre el propio público y la opinión pública acerca del valor y el impacto de los esfuerzos para eliminar la problemática¹².

ORDENANDO MEJORES PRÁCTICAS PARA CUIDAR LOS AMBIENTES

En el área que nos ocupa (la de la prevención del abuso sexual en la infancia), podemos ordenar las buenas prácticas teniendo como criterio rector el eje de intervención de la actividad central propuesta en cada una de ellas, surgiendo así tres categorías¹³:

- *Prevención*: reúne las buenas prácticas orientadas a instalar actitudes y capacidades en los actores del Estado y en los integrantes de la sociedad, proclives a interpelar la violencia en general y hacia los niños, niñas y adolescentes en particular, como modalidad de interacción y resolución de conflictos entre las personas. Este tipo se podría desagregar en dos subcategorías: la de la sensibilización, en la cual entran las buenas prácticas de difusión y comunicación, y la de la capacitación, que cubre las buenas prácticas de formación de aptitudes y habilidades.

- *Articulación*: congrega las buenas prácticas dirigidas a generar espacios institucionalizados de interacción y coordinación de actores del sistema de promoción y protección de derechos, tendientes a mejorar los niveles de corresponsabilidad.

- *Herramientas*: agrupa las buenas prácticas destinadas a diseñar protocolos, circuitos, procedimientos, para una o varias

de las fases de intervención que se ejecutan en el proceso de restitución de derechos a los niños, niñas y adolescentes víctimas de abuso.

INSPIRE: UN EJEMPLO DE BUENA PRÁCTICA EN MATERIA DE PREVENCIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LA NIÑEZ

En 2015, varias instituciones y organismos entre los que se contaron la Organización Mundial de la Salud, UNICEF, la Organización Panamericana de la Salud, la Alianza Mundial para Acabar con la Violencia Contra los Niños, entre otros, promovieron siete estrategias para poner fin a la violencia contra los niños (INSPIRE)¹⁴. El documento en el que estas estrategias fueron presentadas constituye en sí un conjunto de buenas prácticas en torno a las cuales pueden situarse nuestros programas de protección y prevención del maltrato en la infancia.

Las siete estrategias propuestas en INSPIRE —cada una de las cuales se desglosa en varias medidas recomendadas— son las siguientes:

- Aplicación y vigilancia del cumplimiento de las leyes.

- Normas y valores.

- Entornos seguros.

- Apoyo a los padres y a los cuidadores.

- Ingresos y fortalecimiento económico.

- Servicios de respuesta y apoyo.

- Educación y aptitudes para la vida.

A estas siete estrategias se le suman dos actividades transversales:

- Actuación y coordinación multisectorial, que nos habla de la necesidad de colaboración entre múltiples sectores y partes interesadas pertenecientes a las esferas pública, privada y de la sociedad civil, a nivel tanto nacional como local.

- Vigilancia y evaluación, que se refiere a la importancia de la obtención de datos sobre la magnitud y las circunstancias de la violencia contra los niños, y de la evaluación a fin de conocer si los programas diseñados para prevenir o responder a la violencia contra los niños están teniendo los resultados deseados.

Estas dos actividades transversales, sumadas a las siete estrategias, pueden perfectamente servir de “esqueleto” para diseñar una buena práctica preventiva para nuestras instituciones y apostolados.

CONCLUSIÓN

La protección de la infancia es un deber acuciante que debe informar tanto la normativa como las prácticas institucionales a todos los niveles. Es también un ámbito dinámico, que permanentemente se está enriqueciendo con las actividades y prácticas que, desde una mentalidad responsable y comprometida, se generan en las organizaciones. Desde la vida religiosa, desde siempre comprometida con el bienestar de los niños, podemos también contribuir a la creación e implementación de mejores prácticas, apoyando los esfuerzos que se están haciendo en el mundo entero para mejorar la seguridad de los ambientes.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

Como comunidades religiosas que en muchos casos trabajamos apostólicamente con la infancia, ¿en qué medida estos estándares y buenas prácticas están siendo tenidos en cuenta para generar políticas de protección y prevención de abusos? ¿Existe un esfuerzo para permanentemente actualizar en estos y otros criterios para la prevención? ¿Están los miembros de nuestras comunidades capacitados y compro-

metidos con el cuidado y la prevención de los niños? ¿Qué más podemos hacer para mejorar en estos objetivos? 

- 1 Cf. *Convención sobre los Derechos del Niño*, art. 3, párrafo 1: “en todas las medidas concernientes a los niños que tomen las instituciones públicas o privadas, la consideración primordial a que se atenderá será el interés superior del niño”.
- 2 Cf. CAMPOS GARCÍA, S. (2009), “La Convención sobre los Derechos del Niño: el cambio de paradigma y el acceso a la justicia”, *Revista IIDH*, Vol. 50.
- 3 Cf. CAMPOS GARCÍA, S. (2009), “La Convención sobre los Derechos del Niño: el cambio de paradigma y el acceso a la justicia”, *Revista IIDH*, Vol. 50.
- 4 Cf. CAMPOS GARCÍA, S. (2009), “La Convención sobre los Derechos del Niño: el cambio de paradigma y el acceso a la justicia”, *Revista IIDH*, Vol. 50.
- 5 Cf. CAMPOS GARCÍA, S. (2009), “La Convención sobre los Derechos del Niño: el cambio de paradigma y el acceso a la justicia”. *Revista IIDH*, Vol. 50.
- 6 Cf. *Convención sobre los Derechos del Niño*, art. 19, párrafo 1.
- 7 Cf. *Convención sobre los Derechos del Niño*, art. 19, párrafo 2.
- 8 Cf. UNICEF Y COMISIÓN INTERMINISTERIAL DE PROMOCIÓN Y PROTECCIÓN DE LOS DERECHOS DEL NIÑO (2015). *Sistematización de buenas prácticas locales. Prevención y abordaje de la violencia contra niñas, niños y adolescentes*. Provincia de Buenos Aires.
- 9 Cf. ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO - Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (2001). *Buenas prácticas. Identificación, revisión, estructura y disseminación*.
- 10 Cf. JERÍ RODRÍGUEZ, D. (2008), *Buenas prácticas en el ámbito educativo y su orientación a la gestión del conocimiento*. Educación. Vol. XVII, N° 32, pp. 29-48.
- 11 Cf. ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO - Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (2001). *Buenas prácticas. Identificación, revisión, estructura y disseminación*.
- 12 Cf. ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO - Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (2001). *Buenas prácticas. Identificación, revisión, estructura y disseminación*.
- 13 Cf. UNICEF Y COMISIÓN INTERMINISTERIAL DE PROMOCIÓN Y PROTECCIÓN DE LOS DERECHOS DEL NIÑO (2015). *Sistematización de buenas prácticas locales. Prevención y abordaje de la violencia contra niñas, niños y adolescentes*. Provincia de Buenos Aires.
- 14 ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD (2016) INSPIRE. *Siete estrategias para poner fin a la violencia contra los niños*.



Anunciar con nuestra vida que el amor siempre vence

Dos redentoristas, Ivan Levytsky y Bohdan Heleta , párroco y vicario de la Iglesia de la Natividad de la Santísima Virgen María, fueron arrestados el 16 de noviembre de 2022 por la administración de ocupación rusa en Berdyansk, al oeste de Mariupol. Y todavía no hay noticias

Javier Arenal Pardo, CSsR

La vida religiosa va de entregarse, dejar las ataduras que no dejan amar ni aceptar y salir de sí mismo para desde quien uno es, unirse a Él y desde Él llegar al mundo. De esta forma son muchos los religiosos y religiosas que cada día dan su vida anunciando que la misericordia de Dios es infinita y no tiene límites ni fronteras.

De esto saben mucho todos los hombres y mujeres que desde su vocación a la vida religiosa dejaron las redes que les ataban, dejaron sus vidas y proyectos personales para unirse al proyecto de Dios respondiendo afirmativamente a esa llamada siguiéndole, siendo conscientes que no es decisión propia la de ser discípulo, sino que es Él el

que les llama a serlo. Porque seguir a Cristo como consagrados no consiste en quedarse inmobilizado y acomodado en una institución, ni tampoco en hacer una simple «imitación» de la vida de Jesús, sino que se trata de estar con Él para desde Él, con los hermanos, donarse al ser humano.

Desde que el pasado 24 de febrero de 2022 Rusia declarara la guerra a Ucrania, son tantos los religiosos y religiosas que siguiendo a Cristo trabajan incansablemente poniendo en riesgo sus propias vidas para intentar hacer llegar luz en medio de la oscuridad y esperanza en medio de la desolación a tantas personas heridas por el mal.

Los misioneros redentoristas ucranianos desde el primer momento lo han dado todo y lo siguen dando, sin dejar de lado a los que más sufren. Concretamente quiero hablar de Ivan Levytsky y Bohdan Heleta que por convicción y vocación religiosa y misionera, mantienen su compromiso con Dios y con la humanidad hasta el extremo.

Cuando comenzó esta triste historia, Ivan y Bohdan estaban destinados en la comunidad redentorista de Berdiansk (Ucrania) donde prestaban su servicio misionero. Desde aquel fatídico 24 de febrero e incluso también cuando la ciudad quedó bajo el control de las fuerzas rusas, ambos decidieron quedarse, no dejar atrás al pueblo y seguir al lado de la gente. Proporcionaban desde la sencillez y humildad, como religiosos, apoyo espiritual y humanitario y ayudaban a refugiados y personas necesitadas, abriendo la comunidad y la parroquia como refugio a tantas personas que sufrían y que veían como su hogar y su familia, caían.

En la mañana del 16 de noviembre de 2022, mientras los milicianos rusos atacaban e invadían Ucrania y acababan con la vida de civiles dejando inmersos en el dolor

y la desesperanza a tantas familias y personas que veían que la vida se les escapaba de las manos, sin entender nada y sin saber por qué, el padre Ivan salió de su comunidad como cada día desde que se desató la guerra, para orar junto al pueblo por la paz y apoyar a todo aquel que necesitaba una palabra de aliento y una mirada cómplice. Mientras llevaba a cabo esta misión las fuerzas de seguridad rusas lo detuvieron y se lo llevaron. Después, fueron a la comunidad y se llevaron también al padre Bohdan, acusándoles falsamente de almacenar armas y explosivos en la casa cuando su única culpa, como afirma el arzobispo mayor de la Iglesia Greco-Católica, es “la de amar a su propio pueblo, a su propia Iglesia, a la comunidad que les ha sido confiada”. Desde ese momento, no hemos vuelto a saber nada de ellos.

Hace solo un mes que celebrábamos la *Jornada de la vida consagrada* en tantos ámbitos de paz, es bueno que tengamos presente que en muchos lugares, los consagrados están literalmente muriendo por su pueblo y con su pueblo.

Se une la situación de estos redentoristas a la que viven tantos ucranianos. Solo pedimos que esta guerra acabe y ya es tarde, y a Dios que les siga cuidando, dando fuerzas e iluminando con el don de la fe para que puedan sentir que no están solos, porque forman parte de una historia común de redención y esperanza. Su entrega es el legado más limpio de lo que significa la consagración que es darlo todo, totalmente y de manera permanente.

De forma tristemente dolorosa, pero real y actual, estos hermanos están siendo un ejemplo de lo que significa la vocación a ser testigos y a anunciar con nuestra vida –con sus vidas– que el Amor siempre vence. 



Dar el *like*

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Después de leer este año el texto evangélico del Bautismo del Señor, me entró mucho agradecimiento al Padre por dar tan rotundamente su *like* a Jesús y luego me puse a repetir esta jaculatoria/letanía: “*Me too, me too...* También yo quiero tener en Él mi complacencia...”. Esta modalidad orante me hizo sentirme supermoderna, me animó a seguir buscando y me informé de que dar *like* no es tan simple como decir “me gusta”. Entre sus muchas variantes está el “*like del amor*”, “Se lo das a la persona que quieres en cualquier cosa que publique, más allá de que sea interesante, buena, relevante o no: está garantizado que va a llevar tu *like* y, al dárselo, le estás declarando tu amor”¹. Qué explicación tan interesante y qué reconocimiento inesperado en jerga *youtuber* de la existencia de un sentimiento (¿solo sentimiento?) llamado amor que posee

el misterioso poder de trasladarnos a una zona-cero situada más allá del me gusta/no me gusta, me apetece/no me apetece, me va/no me va. Y esa es precisamente una de las convicciones que con más tozuda insistencia sostienen los místicos. Pertenezco a una generación para la que ese lenguaje del “megusta/nomegusta” sonaba a chino: si aborrecías por ejemplo la coliflor, no se te ocurría decirlo, ni dejar de comerla, ni pedir otra cosa (me da risa solo de imaginarlo...): te la comías sí o sí, tragándola como podías. Esa cultura del san-aguantarse resulta hoy obsoleta y aceptamos sin problemas que los miembros del club anticoliflor la esquiven públicamente y no intenten disimular su desagrado. Es un cambio hacia la anchura muy benéfico y que nos evita ver el ceño fruncido de Sor Virtudes ante nuestras faltas de mortificación, aunque hay que cuidar que no nos lleve a la tierra de arenas movedizas

de las “ganas”, el “me apetece/no me apetece”, el “conmigo que no cuenten” o el “pídeselo a otra” porque si nos instalamos ahí, lo que empieza a sonarnos a chino son las propuestas tan a contracorriente del Evangelio. Y de ahí solo escapamos cuando—oh maravilla—emerge el “*like* declaración de amor” que va incluido en nuestro ADN vocacional: los murmullos del “megusta/nomegusta” bajan de volumen, hacemos poco caso de sus reclamaciones porque se va imponiendo ese poderoso rumor que hacía decir a Pablo: “Lo que para mí eran ventajas lo he considerado pérdida en comparación con el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por el cual doy todo por perdido...”. Y, de repente, ya ni nos acordamos de si nos gustaba o no la coliflor.

¹ <https://www.enter.co/cultura-digital/redes-sociales/los-10-tipos-de-like-porque-no-todos-significan-lo-mismo/>

RETIRO MENSUAL



3 OYENTES Y SERVIDORES DE LA PALABRA DE DIOS (II)

MIGUEL TOMBILLA, CMF

OYENTES Y SERVIDORES DE LA PALABRA DE DIOS (II)

“Haced lo que Él os diga” (Jn 2,5).

Como habíamos dicho el mes pasado, en este mes damos el salto a la figura de Jesús desde la clave de la fragilidad. Fragilidad querida (la otra hay que seguir luchando contra ella) y buscada desde el Reino.

Hemos escogido tres textos que nos hablan del respeto infinito del Nazareno por la caña cascada y el pábilo vacilante, de las personas quebradas y a punto de romperse totalmente (incluso Él mismo).

El primer texto es una parábola y los otros dos son narraciones (eucaristía y resurrección) que nos pueden dar pistas por dónde podemos transitar como comunidades y personas, oyentes y servidores de la Palabra frágil.

El trigo y la cizaña (Mt 13,24-30)

El primer texto es esta parábola tan conocida. En ella alguien, el enemigo, planta la mala semilla en medio del trigo mientras todos duermen. Cuando los trabajadores se dan cuenta quieren actuar con prontitud (para el narrador con precipitación) arrancando la cizaña. Pero el dueño, armado de la paciencia y la sabiduría de un Padre, les dice que no, que arrancando la hierba mala también podrían arrancar el trigo, aunque sea sin querer. También dice el texto que cuando el trigo empieza a dar fruto es el momento en el que crece la cizaña.

La parábola se refiere al Reino de Dios y se puede entender en el nivel comunitario o en el personal, pero están unidos.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia siempre han surgido herejías que buscan la pureza, la perfección sin contaminación. Seguían (siguen) el modelo de pureza-impureza que forma parte de casi todas las tradiciones religiosas.

Pero en el cristianismo nos encontramos con un problema serio a este respecto. Jesús es quien rompe la oposición que proviene de otra más honda entre sagrado-profano. Y la rompe en un nivel profundo reinterpretando la Ley con sus palabras y sus acciones.

Para el Nazareno ya no existe una diferenciación clara entre sagrado y profano. El Reino que predica y que vive está más allá de los límites estrechos de un Templo o de la normativa socio-religiosa excluyente de su tiempo y de todos los tiempos.

Es más, al ver al Padre como libertad (adorarlo en espíritu y en verdad) y al Reino como algo diminuto que está donde menos se le espera, pero que tiene un valor indiscutible (por Él se deja y se vende todo) Jesús sale de

las fijaciones sacadas y excluyentes de su contexto.

Pero Jesús no se queda ahí (que ya no sería poco) da un paso más y se hace impuro con los que son impuros. Impuros en su fragilidad o debilidad pública. Impuros porque el pecado es visible por su enfermedad o por su situación social o por su trabajo o por su procedencia o, simplemente, por ser mujer. Jesús se hace impuro por acogerlos, por tocarlos, por dejar que lo toquen, por sentarse a comer a su mesa, por decir que el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado...

Quizás sea demasiado decir, pero, de alguna manera, Jesús se hace pecado con los que son, ellos mismos, pecado. Y no para pecar con ellos (eso es lo que piensan los “justos”) sino para acercarse a la fragilidad, ya casi rotura, de los que no pueden pertenecer a la esfera de lo sagrado-social, aquellos que son situados en la impureza más lacerante y escandalosa. Por ello, Jesús es piedra de escándalo para muchos, para los que se ponen siempre en la parte de la sacralidad, de la pureza, de creerse superiores a los demás (Gracias Señor porque no soy como ese pecador...).

Una vez rota esta relación, una vez que se acerca a la esfera de la fragilidad contagiosa, reintegra a esas personas en una nueva situación vital: el Reino. No es un lugar, como tampoco lo es el cielo, es una nueva manera de crear relaciones, un nuevo modo de vivir (no lo olvidemos, también tras la muerte).

Este no-lugar que se hace carne en el tiempo y en el espacio e inaugura un nuevo modo de ser y de estar.

Ahí la fragilidad no es una desventaja o un obstáculo, sino la posibilidad de que lo auténtico y profundo, que está en todos, salga a

flote. Tampoco es algo meramente interior o personal, sino que revoluciona el tejido social, porque, aunque no lo queramos, acaba poniendo una parte del mundo al revés (“Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes”, a los humildes de las bienaventuranzas que “heredarán la tierra”).

En este contexto resuena de una manera nueva la parábola del trigo y de la cizaña. En nuestra sociedad del aparentar, de las prisas, de la perfección, del “ya”, de la ansiedad, escuchamos la voz tranquila y sabia del Dueño de la mies que nos dice que hay tiempo, que hay que saber vivir con las fragilidades propias y la de los demás, que el desentrañar y el separar depende de Otro y de otros momentos.

Esta es la palabra distinta que no suele escucharse hoy. La espera esperanzada que se va abriendo paso entre los grises de la vida (no existe nada blanco o negro). La aceptación en positivo del mestizaje interior que somos. Poner las manos para que la llama no se apague, en lugar del soplo fuerte y desesperado que quiere empezar de un cero rápido pero destructor que no permite que la luz temblorosa viva.

Una vez más, la fragilidad de nuestro trigo rodeado de nuestra cizaña se convierte en

Jesús se hace pecado con los que son, ellos mismos, pecado

fuentes de vida y de un nuevo tipo de relación. Porque nos situamos en un juicio que no nos pertenece y en un tiempo que ya no es el nuestro. Porque la paz de dentro, débil y temblorosa, aflora a nuestras relaciones

y las hace aceptadoras de la cizaña ajena, pero sobre todo sabedores de que el trigo de los demás, también está ahí. Y, por último, que el Dueño de la mies es el mismo, que somos propiedad (en el trigo, pero también en la cizaña) de ese gran “Paciente”

Hacerse frágil y vivir desde la fragilidad todos los días de nuestra vida

que vive apasionado por nosotros y que nos espera siempre.

Debilidad frágil de nuestras vidas que no nos pertenecen y que siempre son mezcla, entrelazamiento hermoso y desconcertante.

Tomad y comed... Servid

Esta fragilidad es esencial. Es el testamento y la herencia que Jesús nos regala. La podemos dividir en dos claves: el servicio y el partirse. Los dos forman un todo, son parte de la misma realidad frágil.

Servicio

En la versión de Juan sobre eucaristía nos encontramos con el relato del lavatorio. Sin dudar, el cuarto evangelista, que conoce de sobra la tradición de las palabras de Jesús en la Última Cena, sustituye este relato por una jofaina y una toalla. Con toda intencionalidad nos dice que la eucaristía es servicio, y un servicio que hacían los esclavos: lavar los pies a sus señores; un ejemplo escandaloso.

Por ello, la primera reacción de Pedro es decirle a Jesús que no se lo haga, que no le

lave los pies, que Él, que es el Señor, no puede rebajarse a eso. Y Jesús se lo deja muy claro: *Si no me dejas lavarte los pies no tienes nada que ver conmigo*. Este “nada que ver” se emparenta de manera casi mimética con aquel “aléjate de mí Satanás” de otro momento denso y dramático protagonizado por Pedro.

Nos solemos quedar con el gesto del Maestro, con hacerse esclavo de los otros en este último regalo que resume su vida y que es ejemplo obligatorio para los suyos (la única manera de ser su discípulo, podríamos decir).

Pero igual de importante es la negativa de Pedro (preludio también de las tres negaciones en esa misma noche antes del canto del gallo). Pedro se niega a dejarse servir de esa manera que él considera humillante para su Maestro y Señor. Cree profundamente que Jesús no se puede rebajar así, que es una vergüenza ver al Mesías arrodillado lavándole los pies a él que es un inferior.

Pero Jesús lo vuelve a situar dentro del Reino, como lo hará después de la resurrección con sus tres preguntas por su amor. Lo sitúa en la fragilidad del dejarse lavar, de ser el objeto del servicio y del cuidado. De hacerse frágil en la fragilidad querida de ser servidor arrodillado ante todos.

No es solo humildad, va mucho más allá. Es hacerse frágil y vivir desde la fragilidad todos los días de nuestra vida.

Saber que necesitamos de los demás, saber que no somos omnipotentes e, incluso, aunque creamos que no lo necesitamos, dejarnos servir y cuidar desde lo profundo, desde la autolimitación de nuestro ser presuntuoso y soberbio. Dejarnos. El olvido de nosotros mismos al que nos invita el Maestro para tomar distancia de lo que creemos ser

o, más bien, aparentamos ser (el cascarón irrompible del que hablábamos en el retiro anterior).

Vivir desde el gesto del agua, jofaina y toalla. Revelarnos frágiles y aceptar que otros más frágiles que nosotros nos sirvan, nos cuiden, nos laven y, desde aquí, nos recreen. Suma de fragilidades que dibujan la fuerza de lo que significa servirnos en clave de Reino.

Partirse

En los relatos de la cena Pascual (los tres de los sinópticos y el de Pablo en la carta a los Corintios) aparece el mismo verbo griego *klao* que significa romper, partir, desgarrar.

No es “compartir”. No es solo el gesto, también necesario, de repartir el pan, de repartir el cuerpo. Jesús da un paso más y, antes de repartirse, se parte o, dicho de otro modo, se reparte partiéndose.

El cuerpo de Jesús, en el último gesto sobre el que tiene todavía todo el control (en la pasión es sujeto paciente), se parte, se rompe, se hace fragilidad por voluntad propia. Una fragilidad que le lleva al quebrantamiento de sí mismo y que queda fijada hasta el final de los tiempos, hasta que la luz pueda pasar a raudales por todas sus (nuestras) grietas.

No es un mero símbolo. Es una realidad actualizada en cada una de las eucaristías que celebra la Iglesia (también presencia real). Es un cuerpo que ya está totalmente fragilizado porque se ha vaciado hasta el extremo, entregándose en favor de los demás.

No es solo anticipación de la pasión, es el desgarramiento profundo de un ser ya absolutamente frágil en el amor que se hace alimento roto. Desgarro de amor y por amor.

Y por la fragilidad quebrada y querida de toda una vida pasa a raudales la luz. Es la máxima bienaventuranza.

Una rotura que ya es transparencia densa de resurrección que mantiene las llagas como marcas indelebles de la elección de vida que perdura tras la muerte.

Un Dios que se hace pan quebrado es, al mismo tiempo, la manifestación más débil y más fuerte. Es el amor encarnado y ahora hecho pan para el tiempo de la Iglesia. Libertad absoluta sellada en la ruptura increíble de haber elegido vaciarse en el camino del Reino.

Lo que es cierto es que el don del cuerpo de Jesús no se nos da por un pan entero. Se nos regala como pan roto y vaciado de sí mismo a causa de tanto amar. Bendita fractura de este pan, de este cuerpo que deja pasar la luz de la vida a través de todo Él. Que no es para contemplar, sino para ser comido por todos.

Fragilidad que nos hace frágiles, con capacidad de partimos, de dejar pasar por nuestras propias grietas la luz de la resurrección

**Jesús da un paso más,
se parte, o dicho de otro
modo, se reparte partiéndose**

que se va gestando en el día a día de nuestras vidas.

La fragilidad de la comunidad: Tomás

Por último, vamos a recorrer una de las fragilidades fundamentales de nuestro modo de vida: la de la comunidad. Lo vamos a hacer

releyendo la experiencia comunitaria de Tomás y de la comunidad con él.

Cuando Jesús resucitado se aparece a la comunidad, Tomás no está con ellos. Ese no estar no significaría gran cosa (la comunidad

Tomás es el espectador incrédulo que desafía con su silencio la fe

es más que la mera presencia física constante), el problema viene después: cuando la comunidad le dice que Jesús crucificado está vivo, él no se fía de su palabra.

No da crédito a la palabra frágil de la comunidad, a la palabra esperanzada y alegre que anuncia la Buena Noticia que ya había anticipado el Mesías. Es más, no contento con eso, pide la prueba ofensiva, la prueba que viola las llagas frágiles de la carne rota y entregada: si no meto mi dedo, si no meto mi mano...

Estas dos incredulidades en realidad son la misma: la desconfianza ante la palabra dada. La palabra dada por Jesús tantas veces antes de su muerte y la palabra dada por la comunidad en nombre del mismo Jesús.

Si nos acercamos más al texto descubrimos también que Tomás no acaba de recibir la paz que el Resucitado regala como fruto maduro de haber vencido a tantas muertes en su propia muerte. Paz también frágil, sin estridencias, sin aspavientos. Pero llena de una fuerza transformadora que nos impulsa a vivir de otro modo y desde las nuevas claves. Paz que vuelve a cambiar el mundo de relaciones y deja pasar la luz entre los miedos débiles y las desconfianzas tristes de

una comunidad antes decepcionada y temerosa, agotada y dispersa. Paz que los convierte en seres humanos alegres y anunciadores de la alegría por los cuatro puntos cardinales.

Pero Tomás sigue obcecado en no ver a través de los claro-oscuros de la comunidad la luz del Resucitado. Sigue empeñado en seguir encerrado en sus miedos, en su tristeza, en su decepción incrédula.

Parece que, incluso, la prueba de la carne violentada, de penetrar las llagas de la cruz y de la vida, naciese de su propia amargura que va construyendo una venganza desesperada. De su absoluta decepción ante lo que él entendía qué (no quién) era el Mesías. Le duele la alegría desbordada de la comunidad que parecía no querer contar con él porque no estaba. Desde aquí lanza el desafío que incomoda a la comunidad, que ofende en lo más íntimo a aquellos que tuvieron la dicha de ver y escuchar.

Cuando regresa el Resucitado Tomás está en medio de la comunidad, pero sin ser comunidad. Él mismo no quiere serlo. Todavía desafiante, lleno de un miedo que lo sigue aislando, cerrado en sí mismo. Tomás es el espectador incrédulo que desafía con su silencio la fe feliz de sus hermanos con los que había compartido caminos y sueños.

Pero ante la presencia de Jesús, que nada más llegar vuelve a reglar la paz de la comunidad, las cosas comienzan a cambiar. Tomás no aguanta la mirada del Resucitado (como tampoco la aguantó el joven rico o Pedro en la noche de las negaciones). Jesús lo llama por su nombre, lo vuelve a situar en medio de la comunidad y le toma su mano esquiva. La mano de Tomás, que había sido soberbia y desafiante, en ese instante se vuelve temblorosa y tímida.

Sabe que el que sostiene su mano, Jesús, no va a hacerle ningún reproche, no va a condenarlo (¿Dónde están los que te condenaban?). Y poco a poco, Jesús, va adentrando el dedo ya convertido de Tomás en las heridas de sus manos y la mano, ya creyente, en el agujero de su costado.

Al palpar la fragilidad extrema, hecha vida en abundancia para todos, transformada y transformadora. Tomás se estremece y solo alcanza a balbucear la confesión de fe que perdurará por los siglos y que llega hasta nosotros: “Señor mío y Dios mío”.

Una confesión de carne palpada y de comunión anticipada como aquella del centurión: “No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarlo”. Confesión frágil, en medio de una comunidad frágil, que refleja un adentrarse en la carne marcada por las heridas de la cruz y de la vida, ya para siempre.

Tomás es el único que tiene la gracia de poder comer con el tacto. Toca las llagas guiado por el brazo de quien las porta en nombre de toda la humanidad, de todos los astillados de la historia, ya en el ser de Dios de una vez para siempre.

Todo se llena de la luz que brota, desparramada, por cada una de las llagas de un cuerpo fragilizado que ya no la puede contener. Luz de resurrección y de Resucitado que rehace las relaciones rotas por la sospecha, por el no fiarse de los demás, por las inseguridades que nacen de no saber leer la pérdida como ganancia... Por exiliarse egoístamente del Reino.

Tomás ahora ya plenamente comunidad; avergonzado, gozoso, frágil como los demás y con la capacidad nueva de transparentar, por sus grietas, la misma luz de la Buena Noticia para toda la humanidad.

Al final Jesús nos regala su última bienaventuranza, el último “dichosos”, antes de dejarnos su Espíritu: “Felices los que creen sin haber visto”.

Aquí nos situamos las comunidades: disgregadas o reencontradas, activas o gastadas, soñadoras o apesadumbradas, jóvenes o viejas... Todas, unas y otras, comunidades frágiles que mantienen su palabra entre las sombras de la confianza de quien todo lo espera aún sin haber visto. Ver a ciegas, en medio de una realidad con millones de matices y colores. Rica en diversidad aunque nos dé miedo.

En la medida en la que hay un ser vivo existe el cuidado, pero también el abandono de otros frágiles que quedan fuera por razones muy diversas. Nos deberíamos cuidar mutuamente y también, lo que es mucho más difícil, nos deberíamos dejar cuidar desde nuestras propias fragilidades y heridas.

El acto de cuidar es un acto de poder; cuido porque puedo cuidar y porque quiero hacerlo. Salir hacia los más frágiles es un acto de voluntad y de amor. Pero también un acto político de voluntad que se hace en y desde la comunidad. El carácter de obligatoriedad aceptada de estos cuidados nace

**Todo se llena de la luz que
brota, desparramada,
por cada una de las llagas**

de la entraña misma de la experiencia de Jesús.

En nuestras sociedades las que llevan los cuidados adelante son sobre todo mujeres, debido a la estructura patriarcal en la

que vivimos. Los espacios políticos y públicos se han quedado huérfanos de cuidados (es más el lugar de la compra-venta, del poder o de la cosificación), porque los cuidados se han ido restringiendo a la esfera privada. Las mujeres en occidente han ido ocupado los espacios públicos y políticos y han ido abandonando la esfera privada de los cuidados. Por ello, el mercado ha privatizado los cuidados prolongando, de este modo, estructuras patriarcales basadas en el utilitarismo y la cosificación de los seres humanos. Como no hay mujeres cuidadoras en la esfera privada (los varones no se han incorporado) que puedan ser cuidadoras en nuestras sociedades, entonces “importamos” mujeres que cuidan: pobres, racializadas y sin papeles. De este modo se van haciendo más grandes y prolongando en el tiempo los abismos de desigualdades e injusticias.

El cuidado no debería estar asociado a ningún género ni a ninguna clase social y, mucho menos, a las leyes del mercado que siempre crean desigualdad porque hacen que todo dependa de lo económico.

El cuidado también es ternura, pero esto no significa que sea mera emocionalidad. Tie-

ne mucho que ver con la creación de vínculos distintos que no nacen desde la competencia o la conquista, sino desde la gratuidad y la entrega, en primer lugar a los más excluidos. Por ello, no podemos dejar de luchar por seguir universalizando los cuidados, sobre todo a los más vulnerables que quedan fuera del mundo de la privatización y comercialización de los cuidados.

El cuidado necesita tiempos lentos que no casan con otro tipo de dinámicas empresariales o de consumo. Aquí también se inserta el equilibrio entre el silencio buscado y el mundo de las relaciones que establecemos. Deberíamos propiciar relaciones de calidad, rompiendo la vivencia del tiempo utilitario, pasando de *Cronos* (que se come a sus hijos) al *Kairós* (tiempo de calidad y de encuentro profundo). Por ello, la vida consagrada ha de seguir en esta estela de buenas prácticas. Son momentos en los que la fragilidad y los cuidados están a flor de piel en la mayoría de nuestras instituciones y familias carismáticas debido a diversos factores: decrecimiento, falta de significatividad social, edad avanzada... Pueden ser leídos en clave de muerte o en clave de oportunidad para seguir siendo cuidadosos evangélicamente.

Preguntas para el diálogo

- ¿Qué trigo percibes hoy en la sociedad y en la Iglesia?
- ¿Qué gestos de “toalla y jofaina” y de “partirnos” son los más significativos hoy?
- ¿Cómo nos podemos situar en la clave de los cuidados de la fragilidad en nuestra comunidad?



Una coreografía de la conversión

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO. PREFECTO DEL DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

Pienso en el pasaje evangélico de Mt 6,6, que describe el movimiento del orante en torno a tres verbos: "entra en tu habitación", "cierra la puerta", "y ora a tu Padre que ve en lo secreto". Para entrar hay que salir primero. La Cuaresma es una dinámica exodal. Para entrar en nuestra propia "habitación", en nuestra propia celda, en nuestra propia realidad, tenemos que desprendernos críticamente de todo lo que no nos corresponde. Y es tan fácil vivir mal situados, en una vida precaria, desarraigada, flotante. El antropólogo contemporáneo Marc Augé ha acuñado una curiosa categoría: el no-lugar. Con esta categoría pretende describir esos espacios urbanos, completamente impersonales, destinados a ser utilizados, pero que excluyen cualquier forma de relación duradera, de reconocimiento o de apropiación. Pero los no-lugares son

también el símbolo de un modo de vida, de un estilo de existencia que, por desgracia, también nos contamina. Porque, que no quepa duda, cuando no cuidamos evangélicamente nuestra vida, tanto personal como comunitaria, ésta se convierte en un no-lugar.

No es de extrañar que, una vez que hemos entrado, Jesús nos pida que demos un paso más: "cierra tu puerta". Es el segundo verbo. El segundo movimiento de esta coreografía de la conversión. Incluso habiendo entrado en nuestra habitación, podemos encontrar formas de evasión, permanecer en un territorio de vaguedad interna, tener un pie dentro y otro fuera. Incluso habiendo entrado, podemos no estar efectivamente dentro. Ahora bien, el encuentro profundo que el Señor nos pide en el camino cuaresmal exige un verdadero acto de presencia en el que nos sepamos ontológi-

camente implicados. ¿Y por qué debemos cerrar la puerta? La puerta se cierra porque el Señor nos pide que seamos ante Él lo que somos, en nuestra desnudez, en nuestra verdad más profunda, ya no oculta ni plegada, en nuestra pobreza sin velos, en nuestra tensión e identidad incompleta, en nuestra hambre y sed. Es verdad: Dios tiene sed de tocar nuestra sed. De abrazar y tratar nuestras heridas con esperanza.

El tercer verbo es "orar", orar al Padre. Jesús discrepa de la verborrea en la práctica de la oración. Al fin y al cabo, si nos fijamos bien, basta una sola palabra. Basta la palabra "Padre". Con esta palabra, Jesús nos introduce en una vida, nos da acceso a una experiencia de renovación existencial. Que el tiempo de Cuaresma encienda en nosotros un deseo más claro de vivir intensamente nuestra condición filial.

MÁS QUE UNA FOTO



María Luisa Berzosa
Hija de Jesús y consultora de la Secretaría General del Sínodo

ENTREVISTA

«La vida consagrada es alivio, ternura y alegría esperanzada»

La misericordia toma cuerpo en las manos de quien abraza una piel frágil, quebrada, sin apenas fuerza en la voz. Y así, entre lágrimas que blindan pensamientos atroces para no fundirse con la pena, amanece el latido de María Luisa Berzosa: abandonado en la mirada del Padre, en amor desmedido, como esa mano que brota entre la bruma de la noche para curar la herida que más duele

Carlos González García
Periodista y escritor

Roma amanece demasiado temprano. Es viernes y el sol de invierno, que va haciéndose hueco entre los brazos del viento, no tarda demasiado en llegar. Los árboles, desnudos de pretextos, aún desperezan sus ramas mientras se dejan mecer por sutiles compases de armonía, brisa y silencio.

A lo lejos aparece ella, re-vestida de alegría, elegante en el paso y generosa en la sonrisa. María Luisa Berzosa se hizo religiosa por amor, para dejar escrito en su mirada que la resistencia al dolor genera sufrimiento, mientras que abrazarlo y darle sentido transforma su textura. La Congregación de las Hijas de Jesús sostiene con delicadeza su sentir, porque sabe que esta vallisoletana de corazón compasivo descansa su vocación en el recinto custodiado del altar. Ahí renueva su credo como acompañante espiritual y consultora de la Secretaría General del Sínodo, donde tiemblan sus ojos y su corazón se derrama. Y desde ahí ama, en las lágrimas de los hermanos: donde Dios llora todos los dolores del mundo. Desde la Ciudad Eterna, nada parece igual si es ella quien te sostiene la mirada. Porque siempre está a la espera de quien anhela una pa-

labra amiga. Porque primero abraza y, después, pregunta. Porque nadie queda ausente si se sienta a su lado. «¿Pasemos?», me sugiere, mirándome a los ojos. Y así nace la vida regalada, a su paso, dejándome entrever —en su latido— que en Cristo el cuidar y el amar se llaman y se responden, con nombre de mujer, donde el Cordero se hace Carne por amor.

¿Quién es María Luisa Berzosa?

Soy mujer, consagrada como Hija de Jesús; apasionada por la educación, por la vida, alegre, positiva y, sobre todo, propositiva. Soy acompañante espiritual y camino, junto a todo tipo de personas que se cruzan en mi camino, orientando Ejercicios Espirituales Ignacianos: una escuela de afectos y de libertad que ayuda a las personas, sean quienes sean, a vivir desde dentro, en clave de encontrarse con Dios en el día a día. Mi clave espiritual es vivir en acción de gracias porque cada día me desborda el Señor con sus regalos. Soy contemplativa en la acción, envuelta en una mística de ojos abiertos. Vivo descubriendo a Dios en el mundo que me rodea, disfrutando y compartiendo tanto como recibo.

¿Y cómo moldea Dios tu corazón de niña hasta hacerte hija suya?

Muchas preguntas y muchos deseos que nacen en la adolescencia y maduran en la juventud me llevan a dar el paso por la vida consagrada. Es un camino muy bonito, hecho de luces y de sombras, que comenzó mientras trabajaba como funcionaria administrativa en el Ministerio de Información y Turismo en Madrid, con compañeras mayores que yo (tenía 18 años), que me cuidaban y enseñaban. Pasé por un proceso de acompañamiento espiritual para discernir esos deseos y ver a dónde me conducían. En verdad, ese tiempo fue el mejor momento, el espacio real y el escenario privilegiado para discernir mi vocación. Y así, a los 21 años, decidí entrar en la Congregación de las Hijas de Jesús.

Tus ojos hablan de gratitud, compasión y ternura. ¿Cómo late tu corazón ante dichas palabras?

Gratitud es mi modo de orar y de estar en el mundo, una clave de vida. Voy descubriendo que soy limitada y necesito la petición, pero siento que el desborde de lo que vivo y de sentirme tan regalada me lleva a vivir en una gratitud continuada.

Compasión va de la mano de la gratitud. Mis entrañas se dejan afectar por las heridas del mundo y de personas que sufren mucho dolor con tantas situaciones: escuchar confidencias dolorosas, caminar al lado de quien no puede casi sostener su vida, que le cuesta caminar erguida, escuchar, mirar a los ojos, dar la mano, alcanzar un pañuelo para tantas lágrimas que se escapan... Todo esto me regala poder compadecerme, sufrir con, aliviar las cargas, me hace comprensiva, relativizo lo mío...

Y ternura... Muchas veces, escuchando en acompañamiento, siento que la emoción me embarga y tengo que reprimir las lágrimas que aparecen con cierta facilidad, no solo al escuchar los dolores y sufrimientos de la vida sino, también, al percibir tan de cerca y poder tocar los increíbles tesoros que se esconden en el interior de cada persona. Eso me provoca una sensación de ternura infinita por la delicadeza del tejido que se va hilvanando de miles de maneras y formas, con una sensación de que algo me sobrepasa y de que estoy tocando tierra sagrada. Es una ternura hecha de asombro, de belleza, de captar lo que apenas se puede expresar con palabras, del maravilloso

mundo simbólico de proyectos y sueños.

El Verbo se hizo carne por amor. ¿Es posible curar y besar las heridas del mundo, también desde el amor?

Esta pregunta me evoca palabras y reflexiones que pude escuchar de una gran mujer: mi formadora en tiempos del juniorado, Inés Laso, de quien guardo un recuerdo imborrable e infinitamente agradecido. Si mi madre me trajo al mundo, Inés me alumbró a la vida religiosa; o sea, realmente me abrió un horizonte porque, como ella explicaba, no hemos renunciado al amor, amamos de otra manera. Entonces, yo empecé a sentir lo que siempre me inquietaba: que podía ser mujer siendo religiosa. Parece una cosa obvia, pero para mí fue un descubrimiento enorme, por cómo ella explicaba la opción, no desde la renuncia, nunca desde el sacrificio, sino desde elegir, optar y ser invitada a amar de otra manera; poder ser plena y fecunda. Yo escuchaba aquellas explicaciones y era como que conectaba con la intuición más honda: esto es lo que siento que quiero ser y por ahí soy invitada.

Y el Cordero, entonces, se fue haciendo carne en ti...

Con los años fui descubriendo que mi vida tiene sentido si sé vivir el amor de un modo concreto y aterrizado en el mundo que me rodea. Y esto me lleva al perdón, a la reconciliación con las heridas y con los pecados, a sanarme y ayudar a sanar a otras personas. El amor es el mejor bálsamo para toda dolencia física y espiritual.

¿Crees que es posible rozar el cuidado desde el corazón de un Dios que también habita en las fronteras?

El papa Francisco tiene su corazón en las fronteras y nos ayuda a situarnos donde están tantos hermanos y hermanas nuestros, en las periferias existenciales y geográficas, con descartados, marginados, expulsados y excluidos de nuestros ambientes para que no «contaminen» y «contagien». Y, sin embargo, Dios también ha puesto su vida y su entrega en las fronteras; allí donde, sin duda ninguna, están los que no cuentan.

¿Por qué nos cuesta tanto entender que los más débiles son los preferidos del Padre?

Es esencial considerar a la persona en el centro: es el sustantivo lo que cuenta, no los adjetivos que enmarcan



y cosifican. Durante largos años he participado en Fe y Alegría, un movimiento educativo que nace en Venezuela y ahora está presente en veintidós países. Su objetivo es dar educación de calidad a personas sin recursos. En Argentina primero y, después, en Italia con migrantes latinoamericanos, he podido constatar y tocar muchas heridas, así como situaciones dolorosas de individuos y familias. Y esa caricia de cuidado por excelencia –que es la educación– ha hecho, y sigue haciendo, una maravillosa transformación en personas y sociedades.

Has participado en dos Sínodos (el de los Jóvenes y el de Amazonia) y no te cansas de preservar, aunque a veces te duela hasta la fe, el admirable papel de la mujer en la Iglesia. ¿Por qué sigue habiendo tanta desproporción entre hombres y mujeres en esta Casa común?

Por una secular tradición varonil que ofrece mucho poder y que no se desea cambiar. Además, en la Iglesia el sacramento del Orden da un estatus especial, no siempre de servicio sino de escalar puestos en el ranking eclesial y la consiguiente resistencia al cambio: «Siempre se ha hecho así», «¿Para qué cam-

biar?». Necesitamos pasar de las palabras a los hechos: desde el Concilio Vaticano II hasta ahora, todos los documentos que hablan de la mujer y de su papel en la Iglesia dicen maravillas de nosotras, pero seguimos invisibles... Se habla de las mujeres, pero no hablamos las mujeres.

¿Y los pasos que se dan en esta dirección son, quizá, muy lentos?

Ciertamente se van dando pasos en cuanto a asumir responsabilidades en diversos ámbitos, pero es tan lento el ritmo que queda mucho camino por delante. Y las mujeres, en tantos lugares, llevan

adelante todo el campo pastoral, la escucha, el acompañamiento, pero hay una urgencia que clama desde muchos lugares del planeta y es la ausencia de sacerdotes. Y, por tanto, no hay celebración de la Eucaristía —centro de la vida cristiana, ni sacramento de la Reconciliación. ¿Para cuándo la creación de nuevos ministerios que den respuesta a las urgencias pastorales de nuestros hermanos y hermanas? Necesitamos una profunda reflexión sobre la carencia de sacerdotes y de vocaciones

a la vida consagrada. Es un signo sobre el que discernir para descubrir qué mensaje nos está dando el Señor. Estoy convencida de que Él sigue invitando a su seguimiento, pero... ¿tendrá que ser en los formatos de siempre, que ya se demuestran caducos? ¿No será que el vino nuevo no puede volcarse en odres viejos?

María engendró en su vientre al mismísimo Hijo de Dios...

Las mujeres laicas y consagradas, solo con nuestra

presencia, marcamos la diferencia, no tenemos que ser y actuar igual que los varones. No podemos perder nuestro ser, nuestro sello específico. Nuestra participación es de otra manera y nuestro modo de pensar, sentir y actuar es distinto. Por eso es tan rica la diversidad, la necesaria complementariedad.

Sínodo significa «camino juntos» para hacer una casa más amplia, inclusiva y participativa. ¿Crees que es necesario, desde dentro de la Iglesia, abajar el corazón de



Cristo a todas las realidades que viven en su mirada?

Desde dentro de la Iglesia necesitamos volver a Jesús, contemplar sus gestos, sus actitudes, su modo de tratar a las personas. En el Evangelio todas acuden a Él porque están muy necesitadas de perdón, de curación, de acogida; y todas vuelven a su casa recuperadas, salvadas y con posibilidad de comenzar una nueva vida. Es un modo –perdonado y reconciliado– de acogida amorosa sin discriminación, cuando el entorno y la sociedad las expulsa.

A veces la Iglesia se ha hecho meta, y yo creo que no lo es. La Iglesia es el puente para llegar a Jesús. Entonces, si es el puente, dejemos que traspase la gente, que camine de un lado a otro. También será necesario desarrollar la conciencia, la adultez de la persona, la plenitud del Bautismo, la vocación laical... Tantos dones y carismas que tienen en su centro a Jesús y su programa de vida, que deseamos vivir desde el Bautismo siendo parte del Pueblo de Dios.

¿Es el momento, tal vez, de ser esa Iglesia en salida de la que habla el papa Francisco?

El papa Francisco, en *Evangelii gaudium*, nos dio

una clave importante al hablar de la Iglesia en salida: «Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas, para mirar a los ojos y escuchar o para acompañar al que se quedó al borde del camino» (EG 46). Y, después, en el Sínodo que estamos celebrando se habla de aquellas personas a las que no hemos permitido entrar en la Iglesia, las hemos tratado de tal manera que se han ido, y hablamos de los «alejados»... Ahora queremos abrir la puerta en «modo universal» para que nadie quede fuera.

¿En esta clave de acogida habla el Sínodo actual?

Hoy el Sínodo tiene en cuenta todo esto y habla de quienes se encuentran en los márgenes. Necesitamos abrir las puertas del corazón de par en par. Ahora hay una realidad creciente que son los abusos de todo tipo, que se dan en muchos lugares pero, de manera muy fuerte, en la Iglesia de parte de quienes deberían ser cauce de ayuda y consuelo. Ahí urge abrir la herida, sacar, descubrir y asumir todo lo que hay dentro para poder sanar, y no pasar de largo dejando heridos en el camino.

Tu mirada descubre a una jesuitina con corazón de mujer que hace, de su vi-

da regalada, una eterna ofrenda. ¿Cómo habita Dios cada latido tu ser, si todos somos barro y aliento?

La espiritualidad ignaciana es la mística de ojos abiertos, aterrizada en el mundo concreto que nos toca vivir. Ser contemplativa en la acción es lo que me permite vivir conectada con mi pasión central: el Señor, vivo y presente en la historia, que se hace compañero de camino, que me sostiene y me lleva de su mano aunque, a veces, parece esconderse.

¿Y no sobrevuelan momentos de desolación?

Desde luego que no faltan, o también sucede que, a veces, mi barro no se deja sostener por su aliento y vivo distraída, sin estar conectada, y eso me devuelve una vida desabrida, sin color, sin fuerza. Pero casi siempre no es muy duradera esta situación y vuelve la conexión vital a través de la oración, del examen, de la revisión de día. También, y con gran fuerza, el sentirme acompañada, objetivada, confrontada, desde mis movimientos interiores y desde el silencio, para poder discernir dónde y cómo aparecen las llamadas del Señor.

No es menor regalo para sostener la vida en ofrenda continua el regalo de los amigos y amigas, de hermanas

de congregación, con quienes hablar de corazón a corazón, que te sostienen, que están siempre y de modo incondicional, que te escuchan y te acogen tal cual eres y estás. Ahí tiene mucho que ver en mí el grupo de comunidad en el que vivo y donde celebró el Pan y la Palabra, la conversación honda o banal, los momentos de trabajo y, también, de descanso compartido, las alegrías y los dolores. Y sin olvidar, por supuesto, la formación recibida y continuada, la libertad de poder ser cada una en un ambiente universal de hermanas convocadas con precedencias tan variadas.

María Luisa, cuando la vida duele, muchos se preguntan dónde está Dios. ¿Por qué a veces parece que se esconde? ¿Tú has sentido dudas alguna vez?

No es fácil descubrir a Dios en el dolor. Dios no lo quiere, pero el sufrimiento es inevitable por muchos motivos. Y creo que es un acto de fe que Dios está, sostiene, acompaña y da fuerzas para seguir el camino. Y Dios acompaña en estas ocasiones de muchas maneras a través de las personas: manos tendidas, abrazos silenciosos, oración. Y las personas, a veces, van adelante atravesando las sombras fuertemente la-

cerantes, y es asombrosa la fuerza que se despliega. Pero en no pocos momentos surge la pregunta: «Dios, ¿dónde estás?». Mis dudas aparecen muchas veces cuando hay situaciones trágicas causadas por las mismas personas. Me cuesta preguntarme: «¿A estos que matan, también los ama Dios?».

¿Qué puede aportar, hoy en día, la vida religiosa a un mundo tan sediento de delicadeza y ternura?

La vida religiosa es contracultural, pero es básicamente humana y humanizadora. Los votos, puede sonar a paradoja, son escuela de libertad. Es una opción libre y liberadora, si es que tenemos el corazón tocado por la seducción y el enamoramiento. No se puede entender desde la obligación, la imposición o las leyes, sino de haber descubierto un tesoro que llena la vida, la plenifica, la hace fecunda y fecundante. Es una vida entregada de modo total, radical; es decir, desde la raíz, y si esta tiene buen arraigo, está bien plantada y ricamente abonada, dará muchos frutos de colores variados. La vida consagrada pone los pies, las manos y el corazón en el mundo y es alivio, caricia, perdón, ternura, escucha y alegría esperanzada. A veces, incluso, contra toda esperanza...

Si consagrarse es regalarsé, para siempre, en gratitud, ¿qué importancia adquiere, entre todos los carismas, vivir –y vivirse– en comunión?

Amar y ser amada apasionadamente, buscar –en discernimiento corresponsable– hacia dónde oriento mi libertad, compartir toda clase de bienes y vivir en comunión con personas diversas pero con-vocadas es un modo de vida que puede parecer antinatural. Sin embargo, es profundamente transformador de la persona hacia un crecimiento integrado e integrador. Esa común-unió que nace y crece en una gran diversidad de personas, ritmos y culturas, aporta y recibe una cuota de gratitud y de enriquecimiento mutuo con diversos carismas. Ahora, también, con la misión compartida con los laicos.

Sinodalidad por fidelidad y no por necesidad... ¿Será posible alcanzarlo?

Sí, vamos abriendo ese modo, esa estructura, ese talante sinodal que tiene tantas vertientes y tantos matices, que no solo es el aula. Yo creo que alumbramos un tiempo que ya no tendrá vuelta, esa es mi esperanza. Ahora esto lo vivo con un aire fresco, es como revivir la primavera también postconciliar que vi-



ví con sus idas y venidas, pues ahora para mí es como una nueva primavera. El mundo está clamando por otro modo de ser y vivir la Iglesia, por otra pastoral, por otra animación que no sea la de impedir la vida, sino potenciarla. Creo, sinceramente, que la sinodalidad ha venido para quedarse. Y es una oportunidad, un *kairós*, una ocasión propicia para colaborar caminando juntos y hacerla más parecida al sueño de Dios.

Como decía Antonio Machado, «toda la vida es ahora»...

Me gusta lo que expresa Machado: «Hoy es siempre todavía. Toda la vida es ahora. Y ahora es el momento, porque mañana puede ser tarde. Ahora». El papa Francisco nos invita al encuentro, a la escucha, al conocimiento mutuo para discernir, pero a la luz y bajo la guía del Espíritu. Repite mucho que el Sínodo no es un parlamento,

sino un espacio y un lugar donde poder aportar —todas y cada una de las personas sin exclusión— su palabra, su don, la mejor versión de sí mismas. Eso sí: deseo profundamente que vayamos haciendo una eclesiología cuya centralidad sea la de Jesús.

Y en ese nuevo modo de ser Iglesia será fundamental el aporte de la mujer. Sueño con una Iglesia en la cual la mujer pueda situarse desde



su identidad femenina y en compañía de los varones, vi- viendo la plenitud de lo que significa ser Pueblo de Dios, en relaciones igualitarias. Nuestro aporte es valioso por nuestro ser y nuestra propia identidad. Ayudemos a despojarnos de títulos, ropajes, roles que esconden lo más valioso de nuestras per- sonas y tratémonos como hermanas y hermanos, ba- jando de los pedestales que han establecido categorías y nos impiden unas relaciones verdaderamente cordiales.

De corazón a corazón: después de casi 80 años de vida, de los cuales 59 los has entregado como Hija de Je- sús, sufriendo y amando, donando la vida hasta el ex-

tremo, ¿cada segundo ha merecido la pena?

Sí, lo digo de una manera clara, firme y rotunda: ha me- recido la pena cada segundo, cada día, cada mes y cada año de estos 59 en la Congre- gación. Cuando miro hacia atrás, veo luces y sombras, momentos de dolor y de ale- gría, pero el balance es alta- mente positivo. Repetiría esta opción si tuviera otra vida. Hay una pasión que me sos- tiene: saberme amada, llama- da, invitada, enviada, libre, también pecadora y perdo- nada bajo la mirada de un hi- lo conductor que ha ido hilvanando y enhebrando mi tejido existencial de mujer consagrada, que es Jesús y su programa de Evangelio. Las palabras de Isaías, 43 —«Te

he llamado por tu nombre, eres preciosa a mis ojos, yo te amo, no temas»— han sido desde hace muchos años, y siguen siendo, esa pasión que me sostiene y me empuja a buscar y a soñar con otras pa- siones, y a no adormecer pro- yectos y deseos, sino a darles concreción.

Quisiera terminar con unos versos de R. Kipling que me definen a la perfec- ción y que sintetizan, de principio a fin, cada una de mis respuestas: «Hubo mil cosas que no elegí, que me llegaron de pronto y me transformaron la vida. Y ele- gí, al menos, cómo vivirla. Elegí los sueños para deco- rarla, la esperanza para sos- tenerla, la valentía para afrontarla». 



Cuando el amor nos desconcierta

Anna Sánchez Boira

MIS. HIJA DE LA SGDA.FAMILIA DE NAZARET. ENDE (INDONESIA)

Hablar del amor como gozo puede parecer ilusorio, porque amar mucho es también sufrir mucho. Pero es el Amor el que nos permite recorrer nuestro camino personal y comunitario a pesar de las dificultades. El amor supera el enamoramiento, lo fideliza; conquista los sueños, los sobrepasa, porque se enraíza en la vida. El amor y la fidelidad caminan juntos, o dejan de ser; no hay camino intermedio: es o no es.

Como sentimiento pertenece al corazón, expresa nuestro ser interior con toda su nobleza, pero también sus límites; no responde a razones, no busca respuestas a preguntas sin respuesta, y supera cualquier previsión humana. Ciertamente, el amor es la sal de la vida, el impulso vital que mantiene viva nuestra esperanza.

En general, se habla del amor de forma imprecisa. No es fácil definirlo cuando se canta al amor de atracción y placer,

que apasionadamente se enciende, y se apaga... que no es amor. En la vida religiosa, el encuentro con Jesús seduce de tal forma que, “dejándolo todo”, lo siguieron. La fidelidad no depende de Dios, Él permanece fiel; pero nuestra mediocridad, fragilidad y debilidad nos exigen purificar nuestros pensamientos, palabras y acciones, cuidarlos con atenta escucha dejándose confrontar con el Evangelio, los votos, aquel primer Sí y la continúa llamada del Señor hasta descansar en sus brazos.

En el camino cuaresmal, es bueno recordar que nuestra respuesta a la llamada del Señor es un sí, lo que tú quieras para mí, Señor: sin mirar hacia atrás después de poner la mano en el arado. Para el amor no existen los condicionales. Estamos llamados a cargar la cruz del mundo. Jesús no eligió el sufrimiento, pero acogió la cruz por Amor a sus hermanas y hermanos. Estamos llamados a acoger la vida con

su belleza, pero también su desgarro.

Jesús afirma que “no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). El amor de Jesús a la humanidad, no distingue tiempos ni espacios, razas o tribus, religiones y afiliaciones. La humanidad entera es amiga y amigo. Por su amor en la cruz, Jesús redime el mundo: su Vida junto al Padre nos asegura la Vida eterna.

Dar la vida es darse al modo de Jesús, es perderse uno mismo ante Jesús crucificado; ya no hay más rostro que el del crucificado, al que queremos aliviar el dolor de la cruz con nuestros cuidados y atenciones. Posiblemente no vamos a poder evitar la cruz de muchas de nuestras hermanas y hermanos; sus amigos y parientes no pudieron, antes bien contemplaron al Maestro con toda su fragilidad humana, ante las burlas de algunos ahí presentes. Pero siempre podemos acompañar y aliviar. Esta contemplación era, y es necesaria: fortaleció su fe con el testimonio de lo que vieron y oyeron. El amor implica voluntad, decisión, fidelidad entendida como actitud de vida, entre esfuerzo personal y gracia. Jesús nos demuestra la calidad máxima del amor: cuando hay amor, todo es posible. El misterio de la cruz es el misterio del Amor de Dios entregado totalmente a la humanidad.



El valor del esfuerzo en la cultura del placer

No siempre coincide el bien con lo que me gusta

La expresión, acuñada hace años, de la “cultura del pelotazo” se refiere a la habilidad de conseguir cualquier cosa, en el mínimo tiempo y esfuerzo posible

Enrique Gervilla Castillo

Catedrático CC. de la Educación. U. Granada

Los seres humanos deseamos, por naturaleza, el bienestar y la felicidad y ésta no se alcanza en situaciones de sufrimiento, hambre, enfermedad, miseria o ignorancia, por cuanto estas situaciones esclavizan al ser humano. Y sin libertad es imposible la felicidad.

Este deseo de felicidad nos conduce, con cierta frecuencia, a una búsqueda ansiosa del bienestar y a la ausencia de todo esfuerzo. Los medios de comunicación social, frecuentemente, intensifican y aceleran esta misma orientación hedonista en sus contenidos, formas y manifestaciones. Los anuncios, películas y canciones invitan frecuentemente a la comodidad, a pasarlo bien: productos para adelgazar y ganar dinero rápidamente y sin esfuerzo. Un caso significativo es aquella famosa e internacional canción de Los Del Río: “Dale a tu cuerpo alegría Macarena”.

Actualmente goza de más popularidad el dinero que se posee, fruto de la lotería o de la herencia que el ganado como fruto del trabajo, el aprobado conseguido “por suerte” que el alcanzado tras un largo período de estudio...

EL CONCEPTO DE ESFUERZO COMO VALOR

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, esfuerzo significa: “Empleo enérgico del valor o actividad del ánimo para conseguir algo venciendo dificultades”, sinónimo de ánimo, vigor, brío, valor. En consecuencia, pues, el esfuerzo es siempre un sacrificio físico, intelectual o moral, que se hace para conseguir algún bien: subir la torre Eiffel, dominar la pereza,

solucionar un difícil problema matemático, la no-violencia de Gandhi o de Martín Luther King.

Para O. Reboul, en su obra *Les valeurs de l'éducation*, el esfuerzo es un valor relacionado con el sacrificio: “aquello por lo que estamos dispuestos a sacrificar algo” (1999, p.49), pues el sacrificio es un acto

voluntario de renunciar a un valor por otro superior. Ilustra su concepto con la parábola evangélica del mercader que busca perlas finas, y al encontrar una de

gran valor, vende todas las que tiene para comprar aquella que más vale (Mt 13,45).

Manjón llamó al esfuerzo virtud de la fortaleza, pues logra “vencer las dificultades y superar los obstáculos que se oponen al bien obrar” (1945, p.95). La vida de todo ser humano es una lucha entre placer y deber, entre el bien y el mal, o entre lo que vale y lo que más vale, de la cual no es posible huir sino triunfar o perecer, vencer o ser vencido. Como ya advirtió Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, “en la mayoría el engaño parece originarse por el placer, pues sin ser siempre un bien lo parece, y se elige lo agradable como un fin y se rehúye el dolor como un mal” (III, 4 1113b 1-2).

LA NECESIDAD DEL ESFUERZO EN LA CONSTRUCCIÓN HUMANA

La educación o construcción humana, quizás hoy más que en otros tiempos, dadas las peculiares características de nuestra sociedad, es una meta difícil, acaso imposible de alcanzar, sin una pedagogía del esfuerzo, pues su presencia se hace necesaria en todas las dimensiones de la vida: intelectual, física, moral, individual y

La vida es una lucha entre placer y deber... entre el bien y el mal

social. De aquí que todas las leyes educativas, y de todos los gobiernos, contemplen el esfuerzo entre sus medios para lograr la eficacia de la educación, por cuanto el “ser” nos viene dado por la naturaleza, pero “el deber ser” hay que conquistarlo mediante la educación, pues nacemos humanos pero no humanizados, sociables pero no socializados, con la posibilidad de ser felices y libres, pero no con la posesión de la libertad y la felicidad.

El progreso científico nos ha deparado afortunadamente un retroceso en esfuerzo y en sacrificio. Algo que no sucedía en tiempos pasados en los que placer y esfuerzo se sucedía y relacionaban: El hombre gozaba del calor del fuego tras el esfuerzo de recopilar la leña, se recreaba en la visión de la cima de la montaña tras el sudor del camino, o bien disfrutaba del placer de la comida tras su búsqueda y elaboración... Hoy gozamos de toda clase de placeres sin esfuerzo alguno: la electricidad, el coche, los precocinados, el ascensor, teléfono, Internet o el televisor...

“Me gusta, es bueno”, es hoy una identidad fácilmente aceptada. La vida de cada cual, sin embargo, manifiesta diariamente la agonía o lucha ineludible entre el placer y el bien, viéndonos sometidos a una u otra opción cuando ambas son irreconciliables. Desde el inicio del día, cuando suena el despertador, ya hemos de optar entre la cama y la puntualidad en el trabajo, así como es frecuente tener que decidir entre el estudio y la Tv., entre la solidaridad y el egoísmo, o entre la verdad y la mentira...

La tolerancia puede quedar anulada sin el esfuerzo

Renunciar siempre a todo esfuerzo en favor del placer es caminar con grandes posibilidades de viciarse, como ya indicó Von Cube (1988, p. 166) en el I Simposio Internacional de Filosofía de la Educación. El título de su ponencia ya es suficientemente significativo: “Exigir en vez de mimar”. En ella el profesor alemán se expresaba con estas palabras:

“Bajo las modernas condiciones de vida, de la exonerable técnica y del bienestar material, el hombre ya no necesita entregarse a la búsqueda esforzada y peligrosa de la alimentación; ya no tiene que luchar por la pareja sexual; para satisfacer su curiosidad, ya no tiene que explorar el mundo con esfuerzos y peligros; él goza de la aventura del sillón. El hombre que puede satisfacer sus tendencias rápida y fácilmente, que está en condiciones de proporcionarse placer sin esfuerzo, tiene la posibilidad de viciarse”.

El crecimiento de la violencia entre los jóvenes, el aumento del consumo de droga y del alcoholismo, son —en opinión de Von Cube— violencias contra sí mismo, consecuencias de una sociedad de consumismo

y bienestar, en la que el hombre “se ha dejado caer” al aspirar siempre a un placer sin esfuerzo (1998, pp.167-168). Es más, la misma libertad humana, el

autodominio, la tolerancia o la solidaridad, siendo valores emergentes en nuestra sociedad, pueden quedar anulados o atrofiados sin el hábito del esfuerzo.

Anthony de Mello, en *El canto del pájaro*, nos narra el siguiente cuento, bastante significativo:



Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey.

“Y le dijo Aristipo: Si aprendieras a ser sumiso al rey, no tendrías que comer esa basura de lentejas.

A lo que Diógenes le replicó: Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, no tendrías que adular al rey” (1988, p. 114). 

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ARISTÓTELES (1998), *Ética a Nicómaco*, Espasa-Calpe, Madrid.

DE MELLO, A. (1988), *El canto del pájaro*, Sal Terrae, Barcelona.

MANJÓN, A. (1945), *El maestro mirando hacia dentro*, Patronato de las Escuelas del Ave María, Granada.

REBOUL, O. (1999), *Les valeurs de l'éducation*, Idea Universitaria, Barcelona.

VON CUBE, F. (1982), *Exigir en vez de mimar*. En Symposium Internacional de Filosofía de l'educació, Departament de Ciències de l'Educació, Universitat Autònoma de Barcelona, vol. I.



Viviendo con los abuelos (II): diferentes lenguajes

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Siguendo con el tema de la intergeneracionalidad, es evidente que no es fácil ni directo entenderse cuando se pertenece a generaciones tan diversas. En un artículo leí un caso muy divertido del jesuita Michael F. Czerny: «La pequeña comunidad de Lovaina se encuentra reunida, dos jesuitas belgas veteranos y varios jóvenes jesuitas de menos de cuarenta años: dos de la India, un belga, un coreano, un escocés y un irlandés. Hablan de los nuevos decretos de Roma y los jesuitas mayores dicen: "El lenguaje es anticuado, muy teológico y bastante tradicional". Y los jóvenes: "No, es muy moderno". "¡Pero leed el documento de 1975!", insisten los dos veteranos: "Ese es un lenguaje moderno y actual". Pero los jóvenes dicen: "A

nosotros nos parece muy anticuado"».

Y así podríamos poner cientos de ejemplos. Más allá de que ciertamente en algunos ámbitos de la Iglesia parezcan más progresistas los que han vivido el postconcilio que algunas de las nuevas hornadas, una característica de la intergeneracionalidad es que, si no nos damos cuenta, podemos estar intentando decir lo mismo pero cada uno desde su lenguaje, sin enterarnos de lo que el otro está diciendo... Este problema tiene muchas raíces: diferente formación y épocas, un camino con mayor recorrido, estilos en la oración, el peso y la experiencia de los años... Los más veteranos han visto ya mucho, pueden ser más escépticos—o realistas—ante los idealismos y, si han podido hacerlo sanamente, habrán conseguido una sín-

tesis vital propia que, probablemente, no sea la de un joven. Los más jóvenes comienzan la misión comiéndose el mundo, tienen la experiencia de crecer en una sociedad "líquida", marcada por la extraña fragilidad de los vínculos, del compromiso... con toda la inseguridad y dramática de un ambiente en constante cambio, a veces con formación "a la carta" por escasez de candidatos, no pocas veces con una espiritualidad aún demasiado floreciente y etérea... ¿Es un problema irresoluble? Ni mucho menos. El problema del lenguaje se soluciona de forma directa cuando las palabras se usan para lo que fueron inventadas: para comunicar. La empatía, una virtud esencial en toda vida, pero aún más en la convivencia, cobra una importancia fundamental. (continuará).



¡Hospitalidad!

Es probablemente una de las claves más necesarias para una vida consagrada que quiera vivir en este tiempo y para este tiempo.

Asumir la hospitalidad como estilo,
dinamiza el carisma y hace real la comunión

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

La hospitalidad nos habla de las relaciones que se establecen entre el huésped y su anfitrión. El huésped y el anfitrión existen en mutua relación, no existe el uno sin el otro. El huésped es un ausente que puede “presentarse” en cualquier momento y “suplicar” hospitalidad. Pero, ¿porqué acoger al “otro”, cuando se presenta e incluso en el momento menos oportuno?

RECONOCER COMO HUÉSPED AL “OTRO”

Hay hospitalidad allí donde un huésped es reconocido acogido por su anfitrión. En muchas culturas se prohíbe preguntar al huésped por su procedencia o su nombre, como si fuera una representación simbólica del “Ausente”. Se acoge al extraño, al otro que no pertenece a los “míos”.

La hospitalidad es virtualmente sagrada. En no pocos pueblos se siente que ese “otro”

que es el huésped está revestido de misterio. Una cierta sacralidad lo envuelve. El huésped puede ser un dios. El hospedaje de los dioses es un tema que aparece muchas veces en la mitología griega, en la Biblia y en la tradición de muy diversas culturas. Los dioses, se dice, asumen frecuentemente formas irreconocibles y piden ayuda a los humanos. La carta a los Hebreos dice que algunos habían hospedado ángeles sin saberlo (Hb 13,2). De este modo se sanciona religiosamente el derecho de hospitalidad: con los extraños hay que comportarse como si de la visita de un Dios se tratara.

EL HONOR DE LA ACOGIDA

El gran patriarca Abraham concentró en sí mismo uno de los valores más llamativos del pueblo de Dios: la hospitalidad.

Tres personajes misteriosos se le acercaron en lo más caluroso del día. En el



momento del sopor. Cuando a uno menos le apetece ser molestado. Sin embargo, Abraham hace gala de su capacidad de acogida. Acudió a la puerta de la tienda para recibirlos, se postró en tierra, suplicó a los visitantes, o al visitante, que no pasaran de largo.

Les ofreció toda su hospitalidad. Se sentía agraciado por poder hospedar a aquellos visitantes imprevistos.

La insistencia de Abraham resulta llamativa, en un contexto cultural como el nuestro, en que buscamos cualquier excusa para librarnos de quienes nos resultan visitantes inoportunos.

Detrás de cada visitante está Dios, está su Misterio. Acoger a cualquier persona es acoger al mismo Dios.

ACOGER EL MISTERIO QUE NOS VISITA

No solo vino Dios a visitar a Abraham. Hay algo mucho más misterioso todavía. Dios nos ha enviado a su Hijo. Jesús de Nazaret nos visitó. Vivió entre nosotros.

Pero hay un misterio todavía más sublime. El mismo Jesús, muerto y resucitado, está en medio de nosotros, vive con nosotros. Su cielo es la tierra, es la comunidad humana.

La encarnación lo ha ligado definitivamente a la humanidad, al destino de todos y cada uno de los seres humanos.

Pero esta Presencia, que el autor de la carta a los Colosenses define como “el Misterio”, ha de ser acogida. Solo manifiesta todas sus virtualidades en aquellos que saben acogerla, con actitud de inmensa hospitalidad.

A quienes acogen la Palabra de Dios, el mismo Dios los regenera, los hace nacer de nuevo, los convierte en nueva creación.

APRENDER EL ARTE DE LA HOSPITALIDAD

Marta recibió a Jesús en su casa. Marta era mayor que María y la anfitriona. Jesús le reprocha con ternura: “¡Marta, Marta!”. Y Jesús pone en contraste el frenesí de Marta con la paz de su hermana María que está a sus pies escuchando.

Lo que María –discípula a los pies de Jesús– está haciendo es “lo único necesario”. Adopta la actitud del discípulo. Así estaba Pablo ante Gamaliel, su maestro (Hch 22,3: “instruido a los pies de Gamaliel”). María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada por las convenciones sociales o religiosas.

Jesús no deja que Marta prive a María de su elección. Incluso invita a Marta a hacer lo mismo. Marta pensaba que ella era la anfitriona y Jesús el huésped. Pero “¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? Pues yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lc 22,27).

Jesús le dice a Marta que las obras de caridad u hospitalidad han de ser consecuencia de la escucha de la Palabra. Escuchar la Palabra fructifica en acciones de caridad y generosidad. La hospitalidad convencional tiene unos límites. Hay una hospitalidad profunda, honda, que nace de la escucha de la Palabra de Dios.

De hecho, Marta aprendió la lección. El cuarto Evangelio nos dice que, cuando murió Lázaro, Marta salió a recibir a Jesús fuera del pueblo de Betania. El diálogo entre ambos es preciosísimo. Marta se revela como una excelente discípula de Jesús que ha comprendido de verdad su misterio. Es, de hecho, la mujer que confiesa por primera vez: “Sé que eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”. 



Ungir contra toda esperanza

Francisco Javier Caballero, CSsR

Nuestra recomendación del mes es *Susurros de pasión y ternura*. La última obra de Cristina Inogés Sanz, colaboradora de nuestra Revista. Al preguntarle por su libro, estas fueron sus palabras:

«Susurros de pasión y ternura es el cuarto volumen de una colección que intenta acercar el lado más humano de algunos personajes bíblicos. En este volumen el personaje principal es María Magdalena como mujer llamada por el mismo Jesús, como una más de la comunidad.

Quería que el prólogo estuviera escrito por un varón porque, al tratarse de María Magdalena, necesitaba una voz complementaria y expresamente perteneciente a la vida religiosa. Mi amigo, Antonio Pedro Monteiro, scj, aceptó escribirlo y creo que refleja muy bien lo que son los Susurros y, en concreto, este último.

María Magdalena, tan intencionadamente mal interpretada desde siempre, puede convertirse en un punto de en-

cuentro para la comunidad en general y para la vida religiosa en particular. Es por encima de todo, una mujer de servicio y al servicio de quienes comparten la vida en ese grupo. Tiene madera de líder y sabe que no tiene que estar siempre en primer plano, sin embargo, esto no es algo que ella diga, sino que hay que descubrir a través de los textos bíblicos donde aparece. Durante todo el texto, Magdale-

na, relata su experiencia siendo una más de esa comunidad que comparte el día a día con Jesús de Nazaret. Sin sentirse protagonista, se sabe una pieza más del grupo de seguidores.

Una mujer que se muestra como mujer, con su evolución personal en todos los aspectos, con su fragilidad humana, con sus ansias de Dios es, como digo, una mujer, sí, pero, no deja de expresar lo que cualquier ser humano vive o puede vivir en su vida, sea mujer o varón.

Puede que la figura de María Magdalena, desprovista de todo artificio, pueda ayudar a la vida religiosa a descubrirse como vida que unge contra toda esperanza. Lo mismo que ella cuando fue al sepulcro a ungir a Jesús muerto y se encontró con la resurrección, así la vida religiosa unge muchas formas de muerte en el mundo que, con el tiempo, florecen resucitadas.

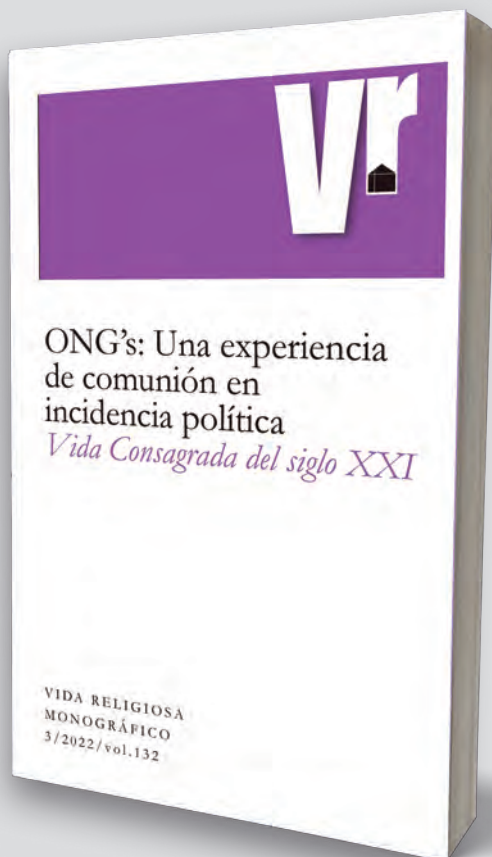
Es algo también válido para la propia vida de cada uno y de la comunidad en la que vive».



SUSURROS DE PASIÓN Y TERNURA,
CRISTINA INOGÉS SANZ
SAN PABLO, MADRID 2023, 69 pp.

ONG's: Una experiencia de comunión en incidencia política

Vida Consagrada del siglo XXI



Hoy es una **herramienta necesaria** que posibilita **activarnos proféticamente**, desde el anuncio y la denuncia, como **familias carismáticas**. Casi todas las congregaciones o instituciones de vida consagrada **tenemos una ONG**. Estas instituciones pueden **servir de cauce** para intentar llegar a **paliar las causas de la pobreza** e injusticias, no solo de sus manifestaciones concretas.



52ª SEMANA NACIONAL DE VIDA CONSAGRADA

ENTRETEJER ITINERARIOS DE ESPERANZA

Presencial

On line

12-15 abril 2023

HOPE



Inscripciones: C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo. 28008 Madrid

+34 91 540 12 73 | whatsapp +34 626 278 077 | secretaria@itvr.org | itvr.org